

Isaac Muñoz (1881-1925) o un catálogo de la disidencia para los estetas del decadentismo

Amelina Correa Ramón¹

Resumen: El escritor español Isaac Muñoz representa a los artistas finiseculares dados a la transgresión en línea con la consigna modernista de *épater le bourgeois*. Su insólita obra constituye de pleno derecho un catálogo de la disidencia para los estetas del decadentismo.

Palabras clave: Isaac Muñoz, transgresión, decadentismo.

Abstract: This study shows how the Spanish writer Isaac Muñoz represents turn-of-the-century artists who tend towards transgression under the modernist banner "*épater le bourgeois*". This article also explores how Muñoz's work constitutes a catalogue of dissidence for the aesthetes of decadentism.

Keywords: Isaac Muñoz, transgression, decadentism.

“...que tenemos que hablar de muchas cosas,
compañero del alma, compañero”.
Miguel Hernández

A mi queridísimo amigo Alberto Sánchez Álvarez-Insúa,
recientemente desaparecido, dedico este artículo con cuya
lectura estoy segura de que hubiera disfrutado

Si hay una palabra que puede identificarse con la heterodoxia y con las disidencias sexuales en el modernismo, esa palabra es, sin duda alguna, *perversión*.

Derivada como es sabido del latín, *pervertir* (PERVERTERE) significa, según el prestigioso *Diccionario de uso del español* de María Moliner, “Alterar o trastornar el estado de las cosas (aplicado a personas, costumbres, gusto, etc.). ‘Malear’. Hacer malo o vicioso”, Moliner, 1984, II, p. 719). En cuanto a la entrada *perversión*, se explicita *perversión sexual*, con una acepción inequívoca: “Inclinación sexual antinatural” (Moliner, 1984, II, 719).

Las perversiones sexuales, que hoy denominamos con mayor propiedad “parafilias”, despojándolas de este modo, en principio, de las connotaciones de juicio moral que las acompañaron durante tan largo tiempo², fueron ampliamente catalogadas, disecionadas y categorizadas en el fin de siglo por parte de médicos y psicopatólogos, que sustrajeron así este concepto del terreno religioso-moral que las había reglamentado durante siglos, para pasarlo al terreno científico, o incluso científico-penal³.

¹ Catedrática de Literatura Española de la Universidad de Granada, amelina@ugr.es

² Bueno, despojándolas al menos parcialmente, puesto que se puede constatar, con notoria sorpresa, que todavía a estas alturas del siglo XXI la definición de *parafilia* que ofrece el *Diccionario* de la Real Academia Española en su más reciente edición (la 22ª, disponible a través de su página web <<http://www.rae.es/rae.html>>) es la siguiente: “Desviación sexual”, debiéndose entender que algo es o está desviado cuando se aparta de la *norma*.

³ Michel Foucault, en su *Historia de la sexualidad*, investiga los procesos que conducen en la sociedad occidental al surgimiento de una *scientia sexualis*, como discurso permanente de registro y clasificación de las diversas modalidades de conducta sexual. Se procede ahora, al igual que podría suceder en el

Y es que, en efecto, como apunta Lily Litvak, “El fin de siglo es el momento de Freud, de Havellock Ellis, de Krafft-Ebbing”, y aclara: “La sexología tuvo sus orígenes en esta época. Se publicaron entonces obras monumentales. [...] El planteamiento temático fue, al principio, fisiológico-biológico, por ser médicos casi todos los que escribían. Se empezó a prestar atención a los llamados aspectos anormales o patológicos de la sexualidad” (Litvak, 1979, p. 85).

Es verdad que hasta ese momento la clasificación que se hacía en el terreno del comportamiento sexual era el de *no pecado/pecado*, o el de *puro/impuro*. Así, en la cultura judeocristiana en que se inserta nuestra tradición cultural, el peso de las lapidarias palabras bíblicas contenidas en el *Levítico*, en especial en su capítulo 18, habían regido la consideración del erotismo durante siglos, quedando restringida la vida sexual como “materia de confesionario”. Porque, como bien explica Edward Lucie-Smith en su obra *La sexualidad en el arte occidental*, “Nuestra definición de lo que es aberrante, al igual que todas nuestras ideas acerca de la moralidad sexual, están dominadas por el hecho de que somos herederos de la tradición judeocristiana” (Lucie-Smith, 1992, p. 197).

“Yo soy Yahveh, vuestro Dios. Guardad mis preceptos y mis normas” (*Levítico*, 18, 4-5), dice Dios a Moisés, para a continuación desglosar una serie de prohibiciones cuya vulneración convertiría en “impuro” al transgresor. Así, quedaban vedados los actos sexuales consanguíneos (18, 6-17) -dando carácter de ley religiosa al antiguo tabú antropológico del incesto-, o con mujeres menstruantes (18, 19), con la mujer del prójimo (18, 20), así como el sexo entre varones (“No te acostarás con varón como con mujer; es abominación”, 18, 22) y también con animales (18, 23):

No te unirás con bestia haciéndote impuro por ella. La mujer no se pondrá ante una bestia para unirse con ella; es una infamia.

Puesto que sólo tiene verdadera consideración social y religiosa el varón, es a él a quien se dirigen los mandatos y admoniciones de Dios, quedando la mujer relegada a un plano por completo secundario⁴, por lo que no se la considera siquiera posible sujeto de los pecados de incesto, de adulterio o de homosexualidad; sin embargo, curiosa y llamativamente, sí que se advierte la posibilidad de que cayera en la tentación de practicar el bestialismo⁵.

terreno de la biología o de la zoología, clasificando ordenadamente todas y cada una de las perversiones, aberraciones e inclinaciones morbosas presentes en el tejido social. Así, los médicos y psicólogos de fin de siglo constituyen especies con “todos esos pequeños perversos que [...] entomologizan dándoles extraños nombres de bautismo [...]. La mecánica del poder que persigue a toda esa disparidad no pretende suprimirla sino dándole una realidad analítica, visible y permanente [...]. ¿Exclusión de esas mil sexualidades aberrantes? No. En cambio, especificación, solidificación regional de cada una de ellas” (Foucault, 1992, p. 57).

⁴ No se puede olvidar que todavía hoy en día, los judíos ortodoxos proclaman por la mañana al levantarse la siguiente oración, denominada “Adon Olam”, que tiene como fin la alabanza de Yahveh: “Bendito seas, oh Eterno, Dios nuestro, Rey del mundo, que no me has hecho mujer” (Cf. “Shabatov. Judaísmo en Internet”, <<http://www.shabatov.com/tefilot.php>>).

⁵ En la obra del escritor modernista decadente Isaac Muñoz (Granada, 1881-Vallecas, Madrid, 1925), objeto del presente estudio, sólo se encontrará un ejemplo de zoofilia, pero éste, en efecto, sí que tiene como protagonista a una mujer. Lo que quizás no deba resultar tan llamativo puesto que, como recuerda Edward Lucie-Smith, los artistas del siglo XIX y de comienzos del XX recurrieron no infrecuentemente a los animales para la recreación de sus propios mitos eróticos, pero en ellos, “Casi siempre es la mujer la que se acopla con la bestia: otro ejemplo más de los impulsos sádicos expresados hacia ella. Al mismo tiempo, los animales son usados, casi literalmente, para expresar lo que se considera es la animalidad del sexo” (Lucie-Smith, 1992, p. 256).

El caso concreto presente en la obra de Isaac Muñoz se encuentra en su novela *La fiesta de la sangre* (1909), una narración orientalista y marcada por un esteticismo decadente tan extremo que la acción queda reducida al mínimo posible. Frente a ello, se suceden las escenas preciosistas, con descripciones

Los textos de los Padres de la Iglesia y de otros teólogos preeminentes, como San Agustín de Hipona y Santo Tomás de Aquino, coincidirán aproximadamente en esta línea, considerando la perversión como un estado de falta de gracia, de impureza o una caída en el pecado. De hecho, el *Tratado Moral Salmanticense*, del carmelita descalzo Marcos de Santa Teresa, recoge todavía en 1805 la postura de autoridad de ambos escritores religiosos para consolidar una noción muy amplia del “vicio contra natura”. Así, Marcos de Santa Teresa, en el Tratado V, Capítulo Primero de su obra, recuerda que San Agustín afirmaba: “*Omne vitium, eo ipsi quod vitium est, contra naturam est*”.

A continuación, en el Tratado XVIII, Capítulo Tercero, retoma la idea por extenso y propone la siguiente disquisición, estructurada en forma de preguntas y respuestas: “¿Qué es vicio *contra naturam*? R. Que es *indebitus usus venereorum contra ordinem naturae*. Llámase vicio *contra naturam*; porque aunque todo vicio sea contrario al orden natural en alguna manera, el que lo es en la materia de que hablamos se opone a él de un modo más especial, como repugnante al fin primario de la naturaleza, según advierte Santo Tomás, *art. 11.*// P. ¿En qué se divide el pecado *contra naturam*? R. Que se divide en cuatro especies que son *polución, sodomía, bestialidad, y modus innaturalis concubandi*. Todos estos pecados son graves; porque todos ellos se oponen, más o menos gravemente, al fin de la generación” (Santa Teresa, 1805)⁶.

Estos pecados, o vicios contra la naturaleza (masturbación, sodomía, zoofilia y práctica del coito en posiciones no permitidas), dejarán de ser considerados en conjunto y pasarán a estudiarse y catalogarse, junto con otros muchos, desde un punto de vista científico (según los criterios de la época, claro está) en torno a las últimas décadas del siglo XIX. A partir de ese momento comienza a entenderse que el comportamiento sexual constituye materia de estudio médico y psicológico -y no de confesionario, como antaño-, y sus variedades pasarán a clasificarse, no como *no pecado/pecado*, o como *puro/impuro*, sino -puesto que ahora la perversión se entiende como desviación del instinto sexual *normal*-, como *normal/enfermizo* (o *insano, pervertido, desviado*, etc.).

Buena prueba del cambio de paradigma que se opera lo encontramos en uno de los primeros artículos que da a conocer Havelock Ellis, cuando aún es todavía casi un muchacho que estudia Medicina en Londres. En esos momentos, hacia comienzos de la década de los años ochenta del siglo XIX, según relata en la verdaderamente sorprendente y reveladora autobiografía que es *Mi vida*, publica un texto titulado “¿Qué es pureza?”, donde sugería ya abiertamente que “deberíamos reestructurar nuestras ideas sobre lo que significa ‘pureza’; en definitiva, que la pureza no significa

muy morosas en detalles y donde predomina una intensa voluptuosidad. En dicho marco hay que situar el momento en el que, en una suntuosa tienda del desierto, la hermosa Kamar ejecuta un sensual encuentro amoroso con una serpiente ante su amado, en un episodio que remite sin duda a la célebre y en su momento muy escandalosa escena de Salambó con la pitón de la novela homónima de Flaubert: “Acercóse a Kamar, y erguida la bella cabeza fulgurante, con su lengua sutil y sabia, lamió la desnuda carne morena, que vibró torturada de placer.// Kamar pasó su mano de llama por la soberbia piel magnífica y fría, y quedó extática en aquella caricia que hacía correr por sus nervios un soplo helado de monstruosa lujuria.// Mi serpiente *Kalb*, como si percibiese hasta en sus más desconocidos matices la extraña liturgia de placer, parecía que centuplicaba su vida y que todos los diamantes, las turquesas, las esmeraldas de su cuerpo se encendían al contacto de la carne joven, feroz y divina” (Muñoz, 1909, pp. 55-56).

⁶ Se ha consultado a partir de la versión digitalizada en la siguiente dirección, perteneciente a la Biblioteca Católica Digital: <http://www.mercaba.org/TEOLOGIA/compendio_00_moral.htm>. La obra de Marcos de Santa Teresa es claramente deudora -hasta el punto de que algunas fuentes la dan como traducción, adaptación o resumen- de la de su hermano de Orden, Antonio de San José, *Compendium Salmanticense, in duos tomus distributum, universae theologiae moralis quaestionis*, 2 vols., Roma, 1787.

necesariamente continencia sexual” (Ellis, 1976, I, p. 201). El entonces joven autor inicia una línea que va a continuar a lo largo de su vida, puesto que, tal y como declara, aquí está ya presente “el mismo concepto de pureza que apareció en mi *Little essays of love and virtue* cuarenta años más tarde de forma más clara y elaborada” (Ellis, 1976, I, p. 201).

Aunque en realidad, la figura que debe ser citada como pionera en este avanzado campo del estudio de la sexualidad humana desde parámetros científicos, es la del psiquiatra y forense alemán Richard von Krafft-Ebing (1840-1902), quien publicó en la temprana fecha de 1886 su *Psychopathia Sexualis*, un libro cuyo título en latín ya representa un indicio del tipo de lector al que su autor pretendía destinar su obra, que fue concebida para mantenerse por completo alejada de lo que se pudiera entender por “público común”. De hecho, Krafft-Ebing la diseñó como una suerte de manual de referencia forense para médicos y jueces -tengamos en cuenta que a finales del siglo XIX diversas variantes sexuales eran incluso consideradas delito: se puede recordar en este sentido el notorio caso de la condena por “sodomía” que sufrió Oscar Wilde en 1895-, lo que explica el elevado tecnicismo de sus páginas e, incluso, sus fragmentos en latín⁷. La base de la que partía era la consideración de la procreación como fin último del acto sexual, por lo que cualquier variante que no la contemplara pasaba automáticamente a ser considerada bajo el rótulo aberrante de *perversión*⁸.

A partir de Krafft-Ebing, la catalogación de las diversas *perversiones* sexuales va a conllevar la nominación de fenómenos y comportamientos que, o bien hasta la fecha no habían alcanzado ni siquiera tal consideración, o bien eran englobados bajo el anteriormente expuesto término común de “pecado contra natura”. Así el sadismo, que toma su nombre de la obra brutalmente libertina del Marqués de Sade (1740-1814), o el masoquismo, que recibe su denominación a partir de Leopold von Sacher-Masoch (1836-1895) y su obra *La Venus de las pieles*, cuya publicación en 1870 constituyó un notable escándalo.

También en este sentido se puede recordar que al pedagogo y psicólogo francés Alfred Binet se debe el término de “fetichismo”, sobre el que diserta en su obra *Études de psychologie expérimentale: Le fétichisme dans L’amour*, de 1888, traducido en España en 1904 como *El fetichismo en el amor*. Se deben mencionar también los nombres del austriaco Karl Heinrich Ulrichs (1825-1895) y del alemán Magnus Hirschfeld (1868-1935), considerados pioneros en la lucha por los derechos de los homosexuales, a cuya discriminación legal y social se enfrentaron abiertamente, por lo que, como se puede suponer, se vieron expuestos en buena medida al rechazo y la reprobación social por parte de determinados sectores. El primero de ellos acuñó la palabra “uranista” para referirse a los hombres que, como él mismo, se sentían

⁷ De hecho, la traducción en 1931 al inglés de la 20ª ed. de la obra, *Psychopathia sexualis. A medico-forensic study* (Paris, Payot, 1931), lleva la siguiente nota aclaratoria en ese sentido: “Richard von Krafft-Ebing is now remembered as the author of *Psychopathia Sexualis* (Stuttgart, 1886), the first classic in sexual science which has had an enduring influence. After the rapid issue of several editions, the author saw that his book not only brought the solace of comradeship to bewildered victims of sexual deviations, but it brought rationalism to legislation and jurisprudence by helping to erase superannuated laws and superstitious ideas. Krafft-Ebing was a physician who wrote for physicians. He did not want the public to read his book, so he gave it a scientific title, employed technical terms, and inscribed the most exciting parts in Latin. Despite these handicaps, the author proved to be a magnificent reporter: the public swooped down on his book, and for a half-century have held it to their collective bosom. A clinician who reported what he found, Krafft-Ebing stripped aside the twin veils of sham and shame which covered the pathology of sex. In describing the numerous individuals whose sexual impulse was uncontrollable, but for whom normal coitus was impossible, Krafft-Ebing founded modern sexual pathology”.

⁸ “Para Ellis era un motivo de orgullo el haber sido el primero en llevar a cabo un estudio de gran magnitud sobre la sicología sexual estudiando las manifestaciones normales del sexo, en contraposición, por ejemplo, al austriaco Richard Krafft-Ebing, cuya masiva *Psychopatia Sexualis* detalla el sexo en todas sus variedades, como una “enfermedad nauseabunda” (Rowbotham y Weeks, 1978, p. 169).

atraídos por otros hombres, y en su libro *Estudios sobre el amor masculino* (en realidad, un conjunto de cinco ensayos publicados entre 1864 y 1865) explicaba que dicho amor era natural y biológico, lo que él resumía en la frase *anima muliebris virili corpore inclusa* (“una psique femenina atrapada en un cuerpo masculino”⁹). Además, en la misma obra se refiere también a la bisexualidad, el lesbianismo y el hermafroditismo. En cualquier caso, lo que resulta más llamativo de su trabajo es que en una fecha tan temprana defendiera abiertamente que la homosexualidad no era ni un pecado, ni una enfermedad (es decir, que la excluye de los términos binarios negativos de ambas clasificaciones: la religioso-moral y la médico-científica). En 1870 fundó, además, *Uranus*, la primera revista destinada específicamente al público homosexual¹⁰.

En esta misma línea continuará el médico y sexólogo alemán Magnus Hirschfeld, quien desarrolló la teoría de un tercer sexo, entre varón y mujer, para explicar una opción sexual diferente. Ya de joven había editado de manera anónima la obra *Safo y Sócrates* (1896) acerca del amor homosexual, y a partir de 1899 irá publicando en Berlín un total de veintitrés volúmenes de su *Anuario de los estados sexuales intermedios*. Hirschfeld ideó, además, el vocablo “travestido”, que anteriormente se encontraba directamente imbricado en el de “invertido”¹¹.

Pero fue probablemente el médico y escritor británico Havelock Ellis (1859-1939) el que contribuyó de manera más decisiva a los estudios científicos sobre la sexualidad humana, con su monumental obra *Estudios de psicología sexual*¹² en seis volúmenes, publicados entre 1894 y 1910¹³, más un volumen complementario que apareció en 1928 y que se difundió por toda Europa, traducándose a diversas lenguas, entre ellas, al español en fecha temprana¹⁴, frente a lo sucedido con las obras de

⁹ Cf. Litvak, 1979, p. 155.

¹⁰ “A fines del siglo XIX hubo tal proliferación de homosexuales en Alemania que los periódicos franceses no dejaron de ironizar acerca de ‘Berlín-Sodoma’ y del ‘vicio alemán’. Los sabios berlineses justificaron a sus compatriotas presentando la homosexualidad como una ‘enfermedad de la personalidad’. Luego la llamaron ‘uranismo’, de acuerdo a la palabra *urning*, inventada por K. H. Ulrichs, la tendencia homosexual no enfermiza que corresponde a Eros Urano, el amor celeste. El uranismo se convirtió así en sinónimo de homosexualidad idealista y casta” (Alexandrian, 1990, pp. 313-314).

¹¹ En relación con Karl Heinrich Ulrichs y con Magnus Hirschfeld, cf. Tamagne, 2000, caps. 2 y 3.

¹² El propio Havelock Ellis fue consciente de la importancia de su magna obra. De hecho, en su autobiografía, manifiesta el temor a no poder verla terminada: “Algunas veces, según me iba sintiendo viejo, se apoderaba de mí el miedo a la muerte, pero si me estremecía era únicamente debido al pensamiento de tener que dejar mi trabajo inacabado” (Ellis, 1976, II, p. 54). Líneas más abajo deja clara su satisfacción, sin ningún tipo de falsa modestia, porque cree ciertamente haber realizado “un trabajo inmortal en el arte científico” (Ellis, 1976, II, p. 54), puesto que -considera- ha “hecho un servicio a la humanidad, algo que la humanidad necesitaba y, al parecer, yo era el único adecuado. Ayudé a hacer el mundo, y a hacerlo por el único camino en que puede hacerse: el camino interior, mediante la liberación del espíritu humano” (Ellis, 1976, II, p. 55).

¹³ La publicación de dichos estudios, con unos postulados demasiado avanzados para la época, puesto que Havelock Ellis consideraba, por ejemplo, que la homosexualidad, tanto masculina como femenina, carecía de un componente enfermizo o inmoral entre otros aspectos, le ocasionó en 1898 la denuncia del que fue oficialmente su primer volumen, *Inversión sexual* -tras el preparatorio *Hombre y mujer*, publicado en 1894- bajo la acusación de obscenidad. Él mismo lo relatará en *Mi vida* (Ellis, 1976, I, pp. 362-385), explicando que se acusaba a los editores de haber “vendido y divulgado cierto depravadamente perverso lujuriosamente escandaloso y obsceno libelo en forma de libro, titulado *Studies in the Psychology of Sex: Sexual Inversion*” (Ellis, 1976, I, p. 377), descalificándose finalmente en la sentencia el contenido científico de la obra, considerado poco menos que pornografía.

¹⁴ Aunque la obra completa (excepto el posterior volumen complementario, claro está) fue editada en 1913 en Madrid por Hijos de Reus, dentro de la Colección “Biblioteca Médica de Autores Extranjeros”, sin embargo ya en 1906 se encuentran en la prensa periódica, en especial de Barcelona (cf., por ejemplo, *La Esquella de la Torratxa*, Barcelona, 6 de julio de 1906, p. 467), reclamos publicitarios que dan cuenta de la publicación del volumen titulado *Amor y dolor. Estudios sobre el sadismo y el masoquismo*, trad. de Ginés de San Telmo (Madrid, Viuda de Rodríguez Serra, 1906), incluido significativamente dentro de la Colección “Biblioteca de Ciencias Penales”, lo que permite suponer la consideración que las parafilias

Krafft-Ebing y de los otros autores mencionados. En efecto, se puede constatar cómo, por ejemplo, la mítica *Psychopathia Sexualis* no sería traducida al español hasta 1955, y esto en una edición en Buenos Aires¹⁵, porque en España sólo se publicaría en 1970¹⁶. Sí que se tradujo tiempo antes otra obra mucho más *inocua* de Krafft-Ebing, como es *Medicina legal*, editada en España hacia 1895-1899¹⁷.

El caso de Havelock Ellis resulta verdaderamente reseñable. Además de por sus -para la época- avanzadas ideas sobre la homosexualidad, Ellis destaca por haber desarrollado conceptos como el auto-erotismo¹⁸, el narcisismo, el eonismo o el ondinismo. Estos dos últimos merecen ciertamente alguna explicación. El eonismo¹⁹ recibe su denominación de quien fuera conocido como Chevalier d'Eon, en realidad llamado Charles d'Eon de Beaumont, un noble francés que durante el periodo de la Revolución Francesa se decía poseído temporalmente del espíritu de una supuesta hermana, por lo que acostumbraba a vestirse alternativamente de hombre y de mujer²⁰.

En cuanto a ondinismo, este término tiene, en relación con Havelock Ellis, una implicación aún más llamativa. Sinónimo de “urolognia”, es decir, de la excitación sexual por mediación de la orina, aparte del interés que como científico le dedicó en sus estudios, lo cierto es que él se consideraba “pionero en el reconocimiento de la belleza de este acto natural de la mujer” (Ellis, 1976, I, cap. II, p. 110, nota 4), con toda probabilidad ligado a que una de sus primeras experiencias de naturaleza turbadora durante su infancia tuvo lugar cuando contempló estupefacto a su madre orinar de pie, bajo sus amplias faldas y enaguas, en el solitario jardín del

tenían aún en la sociedad española. De hecho, y recurriendo a mi propia experiencia personal, cuando a comienzos de los años noventa del pasado siglo (en tiempos aún ajenos a Internet), intenté localizar algún ejemplar de los *Estudios de psicología sexual* de Ellis, el único lugar de Granada donde pude localizar dicha obra fue en la biblioteca del Departamento de Derecho Penal de la Universidad de Granada, lo que - a mi juicio- resulta verdaderamente significativo.

¹⁵ Traducida por Agustín O. Larrauri, fue publicada por El Ateneo Editorial.

¹⁶ Revisión y puesta al día de la ed. original por Alexander Hartwich, trad. de J. Martínez Montoliú y J. A. Bravo, Barcelona, Sagitario, 1970, 2. vols.

¹⁷ Traducida por J. Moreno Marutell, la obra fue publicada hacia 1895-1899 en 2 vols. en Madrid por *La España Moderna* (casualmente, editora de la revista homónima donde Havelock Ellis publicaría años después, entre 1908 y 1909, toda una serie de reportajes sobre España, recogidos más tarde en su libro *El Alma de España*).

¹⁸ Creado como un concepto bastante más amplio que el convencionalmente empleado de “onanismo”, cf. las palabras del propio Ellis al respecto: “El campo del autoerotismo es muy extenso: abarca desde los sueños casualmente voluptuosos, en los cuales el sujeto permanece pasivo por completo, hasta los esfuerzos constantes y desvergonzados que se observan entre los locos, y que, consistiendo en manipulaciones diversas, tienden a obtener placeres sexuales [...]// No creo que la invención de la palabra autoerotismo necesite muchas explicaciones. No hay actualmente en el lenguaje usual palabra alguna que indique el alcance verdadero de los fenómenos con que pienso ocuparme aquí. Estamos familiarizados con la palabra masturbación; pero ésta, hablando con entera propiedad, sólo se refiere a una subdivisión especial y arbitraria del tema, aunque, a decir verdad, sea la subdivisión con la cual se han ocupado principalmente los médicos y los alienistas. El abuso de sí mismo es algo más amplio, pero no abarca, ni con mucho, todo el tema, a la par que es una palabra poco satisfactoria. ‘Onanismo’ se usa mucho, especialmente en Francia [...], pero es un procedimiento confuso y anticuado, y desde el punto de vista psicológico, totalmente ilegítimo. ‘Onanismo’ es palabra que nunca debe emplearse en este sentido, aunque no sea más que por el hecho de que los propósitos de Onán no eran autoeróticos, sino meros casos de retirada antes de la emisión, o sea del *coitus interruptus*” (Ellis, 1913a, pp. 176-177).

¹⁹ Havelock Ellis dedica por extenso al fenómeno que él denomina como eonismo ese último volumen complementario antes aludido, *Eonism an other Supplementary Studies* (1928). Cf. el trabajo de Romi, Juan Carlos, “El travestismo. Implicaciones sexológicas, médico legales y psicosociales”, en el que afirma: “Havelock Ellis, autor de *Studies in Psychology of Sex*, también estudió el fenómeno travestista y criticó la posición de Hirschfeld, quien, en opinión de Ellis, reducía el travestismo a un problema de vestido, lo cual -afirmaba- era sólo uno de sus componentes. Ellis llamó ‘eonismo’ y la describió como una ‘inversión sexo-estética’ que conducía a una persona a sentirse como persona del sexo opuesto y la diferenció de la ‘inversión sexual’ que significaba un impulso sexual, orgánico e innato, hacia el mismo sexo” <http://www.aap.org.ar/publicaciones/forense/forense-18/06_Romi18.pdf>.

²⁰ Cf. Moura y Louvet, 1929 y Register, 2005.

zoológico de Londres (cf. Ellis, 1976, I, pp. 111-112). Según Ellis, este hecho y la influencia que tendría sobre su vida amorosa, tuvo una “inmensa utilidad para mí” y le “permitió comprender la naturaleza de las perversiones”²¹ (Ellis, 1976, I, p. 112). Lo que más llama la atención de su consideración acerca del ondinismo es el filtro de profunda idealización bajo el que parece contemplar el fenómeno:

Más tarde, mi visión de esta función la adapté a mis sentimientos de ternura hacia las mujeres -me sorprendió ver que a menudo las mujeres lo aceptaban como simpatía- y a mi concepto de la belleza, porque nunca fue para mí un interés vulgar, sino un ideal, una parte desconocida de la belleza del mundo, que ya habíamos admirado en las fuentes (Ellis, 1976, I, p. 110).

De hecho, en el extenso capítulo dedicado al “Simbolismo escatológico” de sus *Estudios de psicología sexual*, encontramos afirmaciones que se podrían considerar cuanto menos sorprendentes, como la de que “La orina se ha considerado como primitiva agua bendita”, o que “En muchos pueblos primitivos de todo el mundo, y en las clases bajas de los pueblos civilizados, los orines poseen mágicas propiedades, y, al parecer, sobre todo, los de mujer y los de aquellos que están o quieren estar en relaciones sexuales” (Ellis, 1913d, pp. 58 y 59).

La repercusión y el nombre de Havelock Ellis en España serán pronto conocidos, incluso más allá del mero público especializado. Así, se encuentran alusiones a Ellis en la prensa desde los más tempranos años del siglo XX, de manera especial en la revista *La España Moderna* (Madrid), que había sido fundada en enero de 1899 por José Lázaro Galdiano -su único director a través de los años- y que se mantendría, con periodicidad mensual, hasta 1914. Como bien explica Pilar Celma Valero, “fue la revista española que más se aproximaba por su calidad y por su contenido a las mejores revistas culturales europeas del momento” (Celma, 1991, p. 28).

Curiosamente, se puede constatar (tal y como él mismo relata en su autobiográfico *Mi vida*) que Havelock Ellis fue un gran viajero, especialmente apasionado con las tierras españolas, que visitó con frecuencia. Acostumbrado a dejar testimonio por escrito de sus reflexiones y observaciones, el médico inglés redactará una serie de artículos durante los años 1908 y 1909 que irán apreciando, precisamente, en *La España Moderna*. Y justo a finales de ese año, la temperamental y aguda Emilia Pardo Bazán, siempre tan al día de la vida intelectual europea, publicará un artículo en *La Ilustración Artística. Periódico semanal de literatura, artes y ciencias* (20 de diciembre de 1909) titulado “La vida contemporánea”, donde se refiere a Ellis como “distinguido hispanófilo”.

²¹ Once años antes de que Havelock Ellis realice esta indudablemente atrevida confesión personal en su obra autobiográfica, se puede recordar una narración señera que, leída inicialmente como pornografía, recibirá sin duda con posterioridad un acercamiento interpretativo mucho más profundo. Se trata de *Historia del ojo* (1928), del francés Georges Bataille, aunque publicada bajo el provocador seudónimo de *Lord Auch*. En ella, y en concreto en el capítulo titulado “Bajo el sol de Sevilla”, se encuentra un inquietante episodio de urolagnia, que se caracteriza por el tono marcadamente transgresor propio de Bataille. Así, los protagonistas, Sir Edmond y la seductora Simone, visitan el hospital de la Caridad, a cuya entrada se encuentra la humilde tumba del mítico don Miguel de Mañara. Al contemplar ambos la losa sepulcral de cobre, “Se multiplicaron nuestras risas desatadas. Al reírse, Simone se meaba a lo largo de las piernas; un hilillo de orina se deslizó a sobre la lápida.// El incidente tuvo otro efecto: al mojarse, la tela del traje, pegado al cuerpo, se puso transparente; poniendo en evidencia la vulva negra” (Bataille, 1989, p. 115). En el comienzo de lo que no será sino una escena orgiástica y tumultuosa, la desinhibición de la mujer tiene su inmediato efecto sobre el protagonista: “El conjunto sensual y suntuoso, los juegos de sombras y la luz roja de las cortinas, el frescor y el aroma de las adelfas, al mismo tiempo que el impudor de Simone, me incitaban a dejar curso libre a a mis sentidos” (Bataille, 1989, p. 116).

Pero antes de eso, y antes incluso de terminar de dar a conocer a los lectores españoles sus opiniones con relación a los diversos aspectos de la vida y la realidad de España, Havelock Ellis reúne los artículos en un volumen que, bajo el título de *The Soul of Spain*, se publicará en Londres en 1908, alcanzando un gran éxito. De hecho, en el apéndice bibliográfico del tomo II de *Mi vida* afirma: “Este volumen fue best-seller durante muchos años. Las reimpresiones son numerosas, incluyendo reestructuraciones en 1926 y 1937” (Ellis, 1976, II, p. 276). El libro se traduciría finalmente al español en 1928, como *El Alma de España*, en línea con la larguísima tradición que, desde el romanticismo, pretendía perseguir la abstracción ideal de una quintaesencia del pueblo, o *volkgeist*. Así, aunque en su “Prefacio” afirmará Ellis que “No es España país fácil de comprender” (Ellis, 1928, p. 14), él llevará a cabo un intento de penetración en lo que consustancialmente pareciera definir esta tierra:

España representa, ante todo, la suprema actitud de una manifestación primitiva y eterna del espíritu humano, una actitud de energía heroica, de exaltación espiritual, no ya encaminada a fines de comodidad o de medro, sino a los hechos fundamentales de la existencia humana. Ésta es la España esencial que me he forzado por penetrar en mis rebuscas (Ellis, 1928, p. 15).

Escrito en la primera década del siglo XX, el libro de Ellis sigue toda una amplia estela de ensayos, tratados, poemarios y hasta narraciones y novelas que, vinculados con el momento finisecular y compartiendo el elemento común que permite suponer la inclusión de la muy significativa palabra “alma” en su título, persigue desde finales de la anterior centuria la búsqueda de una suerte de núcleo de esencias consoladoras, especialmente vitales en una situación de crisis espiritual, ideológica y estética de grandes proporciones como es la finisecular. Un núcleo atemporal que pueda servir de raíz y guía al artista, que persigue una noción idealista/psicologicista que supuestamente consistiría en ese “espíritu del pueblo”, con su acervo de purezas inéditas. En el último año del siglo se puede recordar un libro de poemas que será muy alabado por el mismo Juan Ramón Jiménez, para el que escribe incluso un “Epilogo”, como es *Alma andaluza* (1900), del malagueño José Sánchez Rodríguez, al que seguirán un largo etcétera de títulos en idéntico sentido. Así, como bien explica Miguel Ángel García²² en su reciente estudio *Melancolía vertebrada*, “Es en este contexto ideológico donde viene a situarse *Alma andaluza*, como *El alma castellana* (1900), de Martínez Ruiz, *Psicología del pueblo español* (1902), de Rafael Altamira, o la revista *Alma española* (1903-1904). Precisamente en esta última se publicaron una serie de “almas” regionales” (García, 2012, p. 100).

Dos años después de la publicación en Inglaterra de *The Soul of Spain* de Havelock Ellis, aparece en España una novela, *Alma infanzona* (1910a), del escritor modernista decadente Isaac Muñoz²³, diseñada bajo la célebre divisa del renacentista César Borgia, “*Aut Caesar aut nihil*”, que inspirará de igual modo la narración barojiana *César o nada*, que iba a ver la luz en el mismo año, tan sólo unos pocos meses más tarde²⁴. La fascinación por la mítica figura del hermoso y maquiavélico hijo natural del Papa Alejandro VI evidencia una significativa influencia nietzscheana,

²² Cf. igualmente Alarcón Sierra, 1998, pp. 302-305.

²³ Perteneciente al círculo literario de Francisco Villaespesa, para más datos sobre su fascinante y compleja trayectoria, cf. Correa Ramón, 1996.

²⁴ El colofón de *Alma infanzona* indica que se terminó de imprimir el 22 de marzo de 1910, mientras que la novela de Baroja debió de publicarse en el otoño de ese mismo año, ya que en el n° 201 de *El Cuento Semanal* (Madrid), correspondiente al 4 de noviembre, aparece una reseña consignando su reciente publicación.

filtrada en el caso de Muñoz a través de su muy admirado Gabriele D'Annunzio (1863-1938). Como bien explica Gonzalo Sobejano, en su ya clásico estudio: “Ser poderoso es privilegio de los mejores. Los mejores son los fuertes, los orgullosos, los libres, los dominadores, los artistas” (Sobejano, 1967, p. 257). Y en esta novela de Isaac Muñoz, ese “ser mejor” se asociará con una suerte de aristocracia del espíritu, de la sensibilidad, sí, pero también la antigua aristocracia señorial que hunde sus raíces en la historia de España y que viene representada por la imagen del hidalgo, que se extenderá fértilmente por las obras literarias y artísticas del periodo²⁵. De ahí que el título de la obra combine dos palabras altamente connotativas, como son “alma” e “infanzona”.

Pero esa “alma” a la que se va a referir Isaac Muñoz va a estar constituida también, en no escasa medida, por su particular concepción del amor y el erotismo. No sólo *Alma infanzona*, sino todas las obras literarias de este creador sutil y esteticista ofrecen al lector -al igual que sucede con las de Valle-Inclán, con las de D'Annunzio, con las de Jean Lorrain, con las de Mário de Sá-Carneiro²⁶, y tantos otros coetáneos- la impresión de una sexualidad turbia y ambigua que parece demostrar también en este terreno la primacía concedida al artificio sobre la naturalidad (recordemos el acreditado ejemplo de la considerada *biblia* de la decadencia: *À rebours* (1884), de Joris-Karl Huysmans, cuyo protagonista persigue en su invernadero el efecto de unas flores naturales que, paradójicamente, parezcan artificiales). En realidad, se podría decir que al modernista no le interesan el amor ni el sexo en condiciones *normales*. Su interés radica en las parafilias, en la sexualidad imaginativa, variada, distinta: “la literatura finisecular está llena, y hace gala, de perversiones, modos de salirse de la norma, de escapar a la cotidianeidad burguesa, a la vida reglamentada y vacía, estereotipada de los más. Ser *perverso* es ser refinado, exquisito, y a ello se apuntó mucha literatura del momento, pese a una moral oficial en todo divergente”²⁷ (Villena, 1992, p. 143).

²⁵ El motivo del hidalgo aparecerá en todos los géneros literarios del periodo que nos ocupa. Según Melchor Fernández Almagro, habría que situar el renacimiento de esta figura en la obra de José Martínez Ruiz, *Los hidalgos* (1900), a partir de la cual el tipo se va desarrollando progresivamente, demostrando un cada vez más firme arraigo (Fernández Almagro, 1943).

²⁶ El escritor portugués, que sucumbiría a una tendencia autodestructiva muy habitual también en el fin de siglo (como bien estudió Ricardo Gullón en su clásico *Direcciones del modernismo*), suicidándose a los veintiséis años, fue autor de una sorprendente novelita, que se podría adscribir al modernismo decadente y estetizante, titulada lapidariamente *Incesto* (1912), temática provocadora que transgrede el anteriormente explicado tabú bíblico y antropológico, y que se encuentra presente en otras obras del periodo como la misma *Sonata de invierno* (1905), de Valle-Inclán, o la inconclusa *La historia del rey Gonzalvo y de las doce princesas*, de Pierre Louÿs (cf. Alexandrian, 1990, p. 291). En esa línea, no se puede perder de vista la fascinación que sobre el arte y la literatura del periodo ejerció una figura bíblico-legendaria como la de Salomé, aureolada de sensualidad prohibida e incestuosa, que retrata de manera casi obsesiva en sus lienzos y dibujos Gustave Moreau. Pero también aparece en multitud de obras literarias: Oscar Wilde, Eugenio de Castro, Rubén Darío, Francisco Villaespesa, Emilio Carrere, Julián del Casal y un largo etcétera le dedicarán poemas, narraciones y textos dramáticos. En cuanto a otras artes, Richard Strauss creará su ópera basándose en la obra teatral de Wilde, que representará con éxito mundial la bailarina Tórtola Valencia. También la mítica *Theda Bara*, prototipo de la *femme fatale* del cine mudo, protagonizará “Salomé” (1918); y en España, Margarita Xirgu encarnará para el teatro el personaje de la ambigua hija de Herodías (Cf. Toledano Molina, 1992, VV. AA, 1995, y Salvador, 2005).

²⁷ De hecho, se pueden recordar explícitas condenas, como la proferida por el Dr. Manuel Roldán Cortés, un año antes de la publicación de *Alma infanzona*, cuando afirmaba tajante: “la perversión sexual es causa de muy varias y hondas psicopatías” (Roldán Cortés, 1909, p. 49). La obra de dicho doctor, titulada significativamente *Literatura y psicopatías. Ligeros apuntes sobre la influencia de la literatura contemporánea en las enfermedades mentales*, debe ser situada claramente -si bien que de manera más tardía- en la estela ideológica de la muy influyente *Degeneración* (1893), de Max Nordau, a quien siguió de cerca en España, entre otros, Pompeyo Gener, autor de *Literaturas malsanas* (1894). A éstos contestó, invirtiendo en una genial carambola literaria los términos del binario sano/insano, el nicaragüense Rubén Darío con su obra *Los raros* (1896) (cf. Cardwell, 1998).

En este sentido, resulta muy elocuente una afirmación, que persigue sin duda alguna la provocadora consigna de *épater le bourgeois*, donde Isaac Muñoz manifiesta:

Amor reglamentado, contactos periódicos con la esposa, o algún misterioso escarceo sobre las ancas robustas de la criada. ¡Qué asco! (Muñoz, 1906, p. 42).

El abierto rechazo a la sexualidad establecida, de la codificada conducta moral de la burguesía dominante, se suma a una voluntaria búsqueda incesante de territorios donde resulte posible afirmar la alteridad.

La profesora Lily Litvak ha estudiado detenidamente el erotismo perverso y decadente que late en las obras de Ramón de Valle-Inclán²⁸, analizando cada fenómeno, así como el sentido último de este modo *refinado* de entender el sexo. Sus palabras podrían aplicarse, punto por punto, al caso de Isaac Muñoz, quien, si acaso, incrementa en número, atrevimiento y diversidad la situación dibujada en la obra del escritor gallego:

Así mismo, la variedad de perversiones encontradas en la obra de Valle-Inclán reflejan un proceso tan sensible como intelectual de deformación de lo natural que sustrae el acto sexual de la esfera de lo cotidiano. Se convierte en un método sistemático de superar conscientemente la mediocridad de lo natural, y esa pretensión, tanto estética como espiritual, revela un intento de creación frente a la naturaleza (Litvak, 1979, pp. 86-87).

Efectivamente, todas y cada una de las “perversiones”, entendidas éstas como transgresión del sexo canónico, que aparecen en las páginas de Muñoz, obedecen a un profundo sentimiento de inconformismo, de insatisfacción. De idealidad, en suma.

Pero lo cierto es que, lo que para los estudiosos de finales del siglo XIX y comienzos del XX es un catálogo de perversiones sexuales y desviaciones de la *norma* -con más o menos matices-, de aplicación al ámbito médico, psiquiátrico o incluso penal, va a ser transformado por los escritores y artistas finiseculares en un *gozoso* muestrario que ilustra las posibilidades y variantes que ofrece la transgresión.

Y un caso sin duda paradigmático en este sentido se encuentra en la producción literaria del modernista Isaac Muñoz, cuya obra constituye de pleno derecho un catálogo de la disidencia para los estetas del decadentismo²⁹: ninfomanía³⁰, ninfulofilia, onanismo, profanación, sexo múltiple, sexo oral, zoofilia...

²⁸ A quien, por cierto, como prueba de admiración, Isaac Muñoz dedicará su novela *Morena y trágica* (1908a) con encendidas palabras: “Dedico estas páginas, violentas y supersticiosas, al más ilustre de los escritores de España, a D. Ramón del Valle-Inclán”.

²⁹ Luis Antonio de Villena ha llegado a afirmar que Isaac Muñoz representa “Nuestro mejor decadentismo [...] mucho más aquilatado que Vargas Vila o que Hoyos y Vinent”, y que “escribió probablemente la prosa más decadente y enojada de nuestro modernismo simbolista, en su matiz orientalizante” (Villena, 2001, pp. 196 y 195).

³⁰ Aunque conviene precisar que nunca se encuentra tal término en la obra del escritor, quien, sin embargo, sí que convierte a menudo en protagonistas de sus novelas a mujeres dotadas de un fuerte y dominante instinto sexual, connotado por palabras del campo semántico “calentura/calenturienta/caliente”, etc. Por ejemplo, en su narración breve titulada *Los ojos de Astarté* (1911) encontramos: “Y las mujeres se envolvían en sus velos negros, y al paso nos miraban con ojos de lontananza y de calentura” (Muñoz, 1911, p. 12). O en la ya citada *La fiesta de la sangre*: “De la ciudad ascendía un olor de fieras, de mujeres calientes” (Muñoz, 1909, p. 32).

De entre las numerosas categorías del *libertinaje* que los científicos de finales del siglo XIX o de comienzos del XX podrían haber estudiado documentándose en las páginas de Isaac Muñoz, únicamente se van a seleccionar para el presente estudio cuatro de ellas que resultan especialmente significativas, con el objeto de no sobrepasar la extensión requerida³¹.

Homosexualidad³²

En su libro autobiográfico, mosaico incomparable de toda una época que despliega ante los ojos del atento lector sus constelaciones de astros mayores y menores -pues todos conforman, en verdad, el universo literario³³-, Rafael Cansinos Assens relata cómo, al salir un grupo de personas, entre las que se encuentran Carmen de Burgos y su hermana, de un elegante té en casa del aristocrático y reconocidamente homosexual Antonio de Hoyos y Vinent, uno de los asistentes va a exclamar con notable desdén:

Hay que ver en qué mundo vivimos... Benavente..., Hoyos..., Répide..., el marqués de Campo³⁴..., ¡cómo está la literatura!... Si seremos nosotros los equivocados... (Cansinos Assens, 1982, p. 340).

Si bien la homosexualidad continuará considerándose un tabú, en cierto modo va a despertar un notable interés en el fin de siglo. Así que, por supuesto, no podía estar ausente en la magna obra de Havelock Ellis, *Estudios de psicología sexual*, donde éste informa de que “*Homosexual* es una palabra híbrida; sin embargo es conveniente y generalmente usada al presente. Fue empleada por primera vez, en 1869, en Alemania por un Doctor desconocido que escribió con el seudónimo *Kertbeny*” (Ellis, 1913b, p. 1, nota). Sólo entre 1898 y 1908 se publicaron más de cien obras relacionadas con este tema. La legislación continuaba siendo totalmente represiva, pero aun así la homosexualidad masculina parecía acrecentarse. Desde luego, un acontecimiento que influyó enormemente y llamó la atención fue el ya mencionado procesamiento de Oscar Wilde³⁵ en 1895, condenado, como es bien sabido, por las denuncias del padre de su joven amante, Lord Alfred Douglas.

³¹ Las lógicas limitaciones de espacio han condicionado el que se ofrezca aquí tan sólo esta mínima selección de “variantes sexuales”, localizables todas ellas en la obra de Isaac Muñoz, pues resultaría imposible intentar una mayor exhaustividad en tal número de líneas. No obstante, para una mayor información al respecto, cf. el capítulo titulado “Perversiones sexuales. El camino de la alteridad” (Correa Ramón, 1996, pp. 181-242).

³² Sobre este tema en particular, cf. Correa Ramón, 1999a.

³³ En este sentido, se podría recordar una conocida cita de Bertolt Brecht, quien afirmaba: “No entiende nada de literatura aquel que sólo toma en consideración a los muy grandes. Un cielo con solo estrellas de primera magnitud no es un cielo”.

³⁴ Resultan de sobra conocidos los casos de Jacinto Benavente y de Antonio de Hoyos y Vinent, acerca de los cuales -en especial del primero- existe abundante bibliografía. En cuanto al caso de Pedro de Répide, fue autor de una extensa obra, entre narrativa (que conjuga modernismo, costumbrismo y decadentismo), poesía y el género por el que iba a ser más conocido: la crónica. De hecho, llegaría ser nombrado cronista oficial de Madrid. Sin embargo, tras la guerra civil sufriría humillaciones debido a su conocida homosexualidad (cf. Montero Padilla, 2006). Mucho más olvidado ha quedado el nombre del Marqués de Campo, José María Luis Bruna, hijo natural del primer marqués de dicho título y seguidor confeso del francés Jean Lorrain (y de otros *raros* modernistas), a quien dedicaría significativos versos: “Como a ti me atormenta esa glauca mirada,/ destello de esmeralda, cambiante luz de gema...!/ La mirada de Antinoo infinita y suprema” (Campo, 2006, p. 41). Su figura y su obra más importante -el poemario *Alma glauca*- fueron recuperados en 2006 por Luis Antonio de Villena.

³⁵ Mucho menos conocido, en la España de la segunda década del siglo XX, el escritor Melchor Almagro San Martín (1882-1947), brillante intelectual y hombre de mundo, se vio sometido a una implacable persecución dentro del Cuerpo Diplomático del que formaba parte, debido a una opción sexual diferente de la mayoría, hasta acabar forzando su jubilación alegando motivos de salud. Desgraciadamente, se

Durante esos años de entresiglos se sucedieron en Europa los intentos por *hacer respetable* la homosexualidad y se publicaron un gran número de libros escritos por quienes pensaban que un cambio de terminología traería consigo una cierta normalización. Así, como ya se ha adelantado, se propusieron entonces designaciones de todo tipo, como “contrasexualidad”, “homoerotismo”, “similsexualismo”, “uranismo”, “inversión sexual”, “tercer sexo”, etc.

En su *Estudios de psicología sexual*, Ellis estima que existe en Europa entre un dos y un cinco por ciento de población homosexual, y, aunque bastante más abierto que la mayor parte de los médicos y psicólogos de su época, considera sin paliativos como un fenómeno raro “el instinto sexual dirigido hacia personas del mismo sexo” (Ellis, 1913b, p. 1). Tras recorrer la panorámica que ofrece el estudio de la homosexualidad en el reino animal, pasa a considerar los indicios de existencia de estas prácticas en “todos los grandes grupos de la raza humana, desde los primeros periodos de la historia” (Ellis, 1913b, p. 4). Aun constatando la frecuencia de dicha conducta sexual, Ellis no puede sustraerse por completo a los prejuicios vigentes cuando afirma que en Europa, la “verdadera inversión sexual” se conoce desde “el principio de la Era Cristiana [...], en especial entre los hombres de superior cultura, los criminales y también entre los neuróticos o degenerados” (Ellis, 1913b, p. 16). Con semejante afirmación, parece extrañamente englobar bajo una misma consideración a la élite cultural junto a aquellos que sufriesen alteraciones mentales de algún tipo.

Con toda razón expone Michel Foucault, en su *Historia de la sexualidad*, que el homosexual llega a ser en esta época un “personaje”, una “especie”: “Nada de lo que él es *in toto* escapa a su sexualidad. Está presente en todo su ser: subyacente en todas sus conductas puesto que constituye su principio insidioso e indefinidamente activo; inscrita sin pudor en su rostro y su cuerpo porque consiste en un secreto que siempre se traiciona. Le es consustancial, menos como un pecado en materia de costumbres que como una naturaleza singular” (Foucault, 1992, p. 56).

Sin embargo, la importancia de dicha variante sexual en esos turbios años de fin de siglo fue mucho más allá de las frías estadísticas o de los concienzudos estudios médicos. El arte finisecular volvió sus ojos a la homosexualidad, porque ésta había adquirido -en parte por el innegable componente de transgresión subyacente- un prestigio indudable. Según la hispanista Lily Litvak, “El homosexualismo era considerado muchas veces como un *art de vivre* particularmente refinado. Además, se estaba en compañía de grandes nombres: Rimbaud, Verlaine, Montesquiou³⁶, Lorrain, Wagner, Whitman. Darío se proclama con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo. Se discuten las costumbres de Wagner y un artículo sostiene que sus relaciones con Luis II eran un ejemplo perfecto de homosexualidad intelectual y que Parsifal era un bello héroe de tendencias pederásticas” (Litvak, 1979, p. 155).

En una línea un tanto similar se encuentra el conocido pasaje de la *Sonata de estío* (1903), de Ramón del Valle-Inclán, en el que justifica de modo literario la bisexualidad, elogiando los valores estéticos del sexo homoerótico, a la vez que lamenta no haber sido destinado para ello por la naturaleza:

puede constatar que la consideración negativa de su situación se mantuvo incluso durante la Segunda República, cuando cabría suponer un clima moral más abierto (Cf. Correa Ramón, 2001). El poeta y escritor Luis Antonio de Villena ha descrito su proceso, literaturizándolo, en la reciente novela *Majestad Caída* (Villena, 2012).

³⁶ Se refiere al Conde Robert de Montesquiou-Fezensac (1855-1921), escritor francés decadente, mecenas del arte y modelo de dandy, que fue inspirador de Joris-Karl Huysmans, además de reconocido homosexual. Por cierto, que el enigmático Marqués de Campo, mencionado al comienzo de este epígrafe, le dedicó significativamente un poema de su libro *Alma glauca*, el titulado “Murciélagos” (Campo, 2006, pp. 83-84).

-Niña, olvidas que puede sacrificarse a Hebe y a Ganímedes...
Y repentinamente entristecido, incliné la cabeza sobre el pecho. No quise ver más, y medité, porque tengo amado a los clásicos casi tanto como a las mujeres. Es la educación recibida en el Seminario de Nobles. Leyendo a ese amable Petronio, he suspirado más de una vez lamentando que los siglos hayan hecho un pecado desconocido de las divinas fiestas voluptuosas. Hoy, solamente en el sagrado misterio vagan las sombras de algunos escogidos que hacen renacer el tiempo antiguo de griegos y romanos, cuando los efebos coronados de rosas sacrificaban en los altares de Afrodita. ¡Felices y aborrecidas sombras: Me llaman y no puedo seguirlas! Aquel bello pecado, regalo de los dioses y tentación de los poetas, es para mí un fruto hermético. El cielo, siempre enemigo, dispuso que sólo las rosas de Venus floreciesen en mi alma y, a medida que envejezco, eso me desconsuela más. Presiento que debe ser grato, cuando la vida declina, poder penetrar en el jardín de los amores perversos. [...] Sólo dos cosas han permanecido siempre arcanas para mí: El amor de los efebos y la música de ese teutón que llaman Wagner (Valle-Inclán, 1991, pp. 151-152).

Tres años después de publicado el libro de Valle-Inclán, su admirador Isaac Muñoz refleja en buena medida la lectura de este pasaje de la *Sonata de estío* en su novela *Voluptuosidad* (1906), una de las que ejemplifican de manera más *perfecta* la concreción de ese catálogo de la disidencia que se propone en el presente artículo³⁷. En *Voluptuosidad* se encuentra un episodio en el que el protagonista, de nombre Isaac y que habla en primera persona³⁸, recibe en su dormitorio, recién levantado, la visita de un pretendiente italiano, que requiere sutilmente sus amores, mientras el héroe se muestra egocéntricamente (nietzscheanamente?) complacido ante la admiración:

-Mis noches, Isaac, son desesperadas.
-¿Por qué, querido Doría?
-Porque estoy enamorado.
Te adivino, terrible napolitano, sé adónde van a parar tus miradas de virgen bizantina y tus palabras de crema sentimental.
Mientras lavo y froto mis ágiles miembros desnudos, Doría me mira en éxtasis.
-Isaac, es usted una escultura de Donatello (Muñoz, 1906, p. 39).

³⁷ De este modo, en el prólogo a su novela, Isaac Muñoz alude de manera indirecta a la práctica de la sodomía -directamente relacionada, aunque no en exclusiva, con la homosexualidad-. Se trata de un pasaje en el que el autor denuncia con ironía la doble moral burguesa, la tremenda hipocresía que domina en una sociedad que se rige por establecidas y nunca cuestionadas reglas: “Aún hay algunos que transigen, aunque malhumorados, con lo que ellos llaman lo *natural*; pero no toleran de ningún modo que se les hable de ciertas cosas que practican en silencio con antifaz, guantes, vaselina y preservativos.// Esto es de una inocencia que hace reír benévolutamente” (Muñoz, 1906, p. 12).

³⁸ Conviene aclarar que “Isaac Muñoz” es en realidad el seudónimo o sobrenombre artístico usado por el escritor granadino cuyo nombre real y completo era José Esteban Isaac Muñoz de Solano Llorente. Quizás, procedente de una familia de rancias tradiciones solariegas y orígenes militares, de tendencia claramente conservadora, su elección de seudónimo se podría entender como una toma de postura, en el sentido en que lo explica Blas Matamoro: “El seudónimo es un ejercicio de la libertad individual porque despoja al sujeto de todo lo impuesto: costumbres instituidas, poderes, deudas al antepasado. El individuo adquiere la facultad de nombrar al nombrarse y autorizarse con el nombre falso por medio de la escritura que suscribe” (Matamoro, 2010, p. 20). Incidiendo en esta idea: “el seudónimo es siempre una manera de negar el origen, la procedencia, el ancestro” (Matamoro, 2010, p. 20).

Sin embargo, después de una explícita negativa de Isaac, el napolitano realiza una argumentación semejante a la primera afirmación de Valle en su anterior texto:

-Isaac, yo tengo una sabiduría del amor más refinada que la suya; yo amo más intensamente la vida, y mi espíritu es más apto para recibir el don milagroso de la belleza; yo amo a la divina Afrodita con el mismo sagrado amor que al divino Apolo. No creo que haya en la vida ni un sexo ni un miembro que no sea digno de mi absoluta adoración (Muñoz, 1906, p. 40).

La respuesta del protagonista constituye en cierto modo una declaración del ideal erótico finisecular, que aboga por la fantasía, por la libertad, reivindicando precisamente la *perversión* como una forma de imaginación conectada con el sexo³⁹:

-Cierto, querido Doría, ciertísimo; yo soy lo mismo en teoría.
-Es usted entonces un eunuco.
-No, mi querido; soy un refinado más ideal, porque tal vez guste de los mismos placeres sin el áspero contacto (Muñoz, 1906, p. 40).

Pero enlazando con el comienzo del presente epígrafe, se podrían recordar unas palabras de Pío Baroja, quien en su libro autobiográfico *Desde la última vuelta del camino*, se hace eco de la sospecha o acusación velada que ya se ha encontrado en la anécdota que recoge la salida del palacio de Antonio de Hoyos y Vinent: “Cierto que algunos escritores notables de este tiempo eran tratados de homosexualidad”, puesto que, en su opinión, uno de los “reproches” que con más frecuencia se hizo a esta generación finisecular “fue la de que en ella se daba con más frecuencia que en la anterior el homosexualismo. Esta acusación ridícula se acentuó, y, con la natural pedantería española, se llegó a decir que el instinto sexual normal era cosa rara en el tiempo. Según López Silva [cronista y dramaturgo del género chico] y sus amigos, esteta era sinónimo de pederasta...” (Baroja, 1948, p. 578).

Ese cierto halo de prestigio que rodeó a la homosexualidad, entre quienes se querían diferentes y transgresores en la época de entresiglos, permitió que sucedieran curiosas anécdotas, como la que relata Cansinos Assens en su obra mencionada, cuando narra la manera en que un grupo de escritores modernistas, entre los que se incluyen Francisco Villaespesa y Manuel Machado, pretendieron embromar al joven e inexperto José Ortiz de Pinedo, haciéndole creer que para dedicarse a la literatura, había que practicar la homosexualidad:

-Sí -le decía muy serio Manuel Machado-, todos los genios han sido invertidos. No tiene más que ver... Shakespeare, Oscar Wilde, Pierre Louÿs, y ahora, entre nosotros, Benavente...
-Pinedito movía la cabeza: -¿Hombre, Shakespeare?..
-¡Claro! ¿No ha leído usted sus sonetos a lord Pembroke?
Pinedito no los había leído y callaba. Pero no se daba por convencido.
-Y de los jóvenes, no quiero decirle... Ahí tiene usted al marqués de Campo y a Pedro de Répide y a Antonio de Hoyos...
-Y también a Isaac [Muñoz] -añadía Villaespesa-. En Tetuán tenía un esclavito moro, con una estrella pintada en la frente... (Cansinos Assens, 1982, p. 117).

³⁹ De ahí que se reivindique -estética y literariamente- no tanto la homosexualidad, sino, en realidad, la bisexualidad.

En esa misma obra autobiográfica, auténtica joya para reconstruir la vida literaria, artística y cultural de la España de entresiglos y de las primeras décadas del XX, su autor recoge unas palabras de boca de Isaac Muñoz, extremadamente significativas en cuanto que nos muestran a un esteticista convencido y radicalmente en contra de la moral establecida:

Amo los besos que sangran..., el placer que es como un dolor..., la pasión infinita que sólo se conoce en Oriente..., y que no distingue sexos... Yo en Marruecos tengo una novia, Estrella Azancot, y un efebo, Hamid... Yo soy un alma hermafrodita como el *Sagramor* de Eugenio de Castro..., y como el gran D'Annunzio... Yo me ahogo en esta sociedad hipócrita y puritana que no concibe más que el cocido y el matrimonio... (Cansinos Assens, 1982, p. 151).

De cualquier forma, habría que entender que en toda esta actitud reiterada en diversos poetas finiseculares existe una dosis considerable de pose. Los escritores modernistas hicieron en muchos casos alarde de inmoralidad para enfrentarse a un sistema moral hipócrita con el que no comulgaban, para *épater le bourgeois*; sin embargo, cuando Rubén Darío se confiesa “con Verlaine ambiguo”, aunque acompañe tal afirmación con el elogio de los bellos mancebos, en realidad, sólo está haciendo literatura. Por tanto, convendría plantearse que se trata, en un buen número de los casos, de una recreación estética como búsqueda y celebración de la perfección adolescente y juvenil. La abierta proclamación del amor efébo se convierte a veces en una máscara literaria donde se plasman el fuerte deseo de transgresión de los límites, junto con un rechazo frontal de la sociedad burguesa y su mediocridad.

Lesbianismo

Aunque Havelock Ellis reconoce el término de “lesbianismo”, cuya etimología, como es bien sabido, remite a la isla de Lesbos, hogar de la poetisa griega Safo⁴⁰, prefiere, sin embargo, utilizar en su estudio los que él considera más asépticos y científicos, como “homosexualidad femenina” o “inversión sexual en la mujer”. Según su afirmación, “Muy poco se conoce de la inversión sexual en la mujer; del total de números estudiados, solamente una pequeña proporción corresponden a mujeres. Los principales monógrafos dedican muy poco espacio a la mujer” (Ellis, 1913b, p. 122). De hecho, añade: “esta anormalidad [*sic*] del bello sexo les es completamente indiferente a la mayoría de los hombres, y aun cuando se ha considerado como criminal y como motivo de divorcio, tratándose de hombres, no se mira como delito en las mujeres. Además, es más difícil de descubrirla en la mujer” (Ellis, 1913b, p. 122).

Sin embargo, en el caso concreto del lesbianismo, todos los estudios previos y las ideas preconcebidas que Havelock Ellis pudiera tener se iban a ver influenciados por su propia experiencia personal, ya que en 1891 contrajo matrimonio con Edith Lees (1861-1916), activista en defensa de los derechos de la mujer, la cual, según relata él mismo en *Mi vida*, ya le había confesado antes de la boda que, “sin darse

⁴⁰ En el ámbito de la cultura decadente finisecular no se puede olvidar la publicación en 1894 por parte del escritor francés (aunque nacido en Gante, Bélgica) Pierre Louÿs (1870-1925) de un conjunto de poemas en prosa titulado *Les chansons de Bilitis*, del que supuestamente se presentaba como traductor y en cuya introducción presentaba a su autora como Bilitis, una poeta de la Antigua Grecia, contemporánea de Safo y que habría vivido igualmente en la isla de Lesbos compartiendo el sentimiento amoroso hacia las mujeres. Dicha obra, de la que, como pronto se descubrió, Louÿs era autor y no traductor, se publicó por primera vez en España en 1930, con el título de *Las canciones de Bilitis* (Málaga, Tip. Zambrana).

nunca [cuenta] claramente del por qué, nunca había sentido una pasión sexual hacia ningún hombre” (Ellis, 1976, I, p. 297).

La unión entre ambos podría ser considerada, de hecho, poco convencional, sobre todo teniendo en cuenta la época en que se desarrolló, ya que los dos mantuvieron sus respectivos domicilios, compartiendo techo tan sólo cuando así lo deseaban, en temporadas de vacaciones, viajes, etc. Sin embargo, tanto la obra autobiográfica de Ellis como el epistolario conservado demuestran que se trató de una hermosa, aunque sin duda peculiar, historia de amor.

Poco después de la boda, acordaron no continuar manteniendo relaciones sexuales, y cada uno de ellos tuvo diversas amantes a lo largo de su vida -pocas y constantes en el caso de Ellis; diversas y efímeras en el de Lees-, con el total conocimiento -y consentimiento- de su pareja.

Su intenso conocimiento de una esposa a la que amó a pesar de la irregular relación y del final desgraciado (ella acabó perdiendo la razón y murió prematuramente), hizo que Ellis cambiara de idea con respecto al lesbianismo, que inicialmente consideraba una suerte de etapa que podían atravesar las jovencitas, homosexualidad temporal debido al aislamiento del elemento masculino que sufren, por ejemplo, durante su educación en internados, residencias o escuelas.

Dicha posible faceta aparecerá en la varias veces mencionada novela de Isaac Muñoz, *Voluptuosidad*, cuando el protagonista describa las prácticas lésbicas de dos hermosas muchachas, Clarita y Pepita, con las que él mismo acabará teniendo relaciones, prácticas que parecen describirse no como una opción sexual excluyente, sino simplemente como una elección condicionada por un carácter sensual y las circunstancias de aislamiento femenino a las que aludía Ellis:

Es interesante esta Clarita.

Ha estado muchos años de educanda en un convento de monjas, y allí, sin duda, gustó de las odas de Safo [...].

Paréceme que Clarita ha debido insinuarle a Pepita la idea de recitar juntas las odas de la enamorada de Lesbos, en estas noches de primavera en que la soledad de la cama espanta.

¿Y habrá gustado Pepita del sexo irritable, oro de sol, de Clarita? (Muñoz, 1906, p. 63).

No obstante, a Havelock Ellis no le quedará más remedio que acabar aceptando que, aparte de ese lesbianismo temporal, o del comportamiento sáfico y vicioso de las prostitutas [*sic*]⁴¹, existe una homosexualidad femenina consustancial a la persona. De este modo, en *Mi vida* relatará que su esposa lo había puesto al corriente de la atracción sensual que había experimentado en el pasado por compañeras del colegio, lo que Ellis atribuye a su primera creencia al respecto del fenómeno, puesto que -dice-: “Yo sabía que dichos sentimientos son frecuentes entre jóvenes” (Ellis, 1976, I, p. 329). Enseguida se acabará percatando de cuán equivocado estaba, puesto que “en aquella época yo no tenía conocimiento práctico real sobre la inversión sexual innata de carácter. [...] Todavía no era capaz de detectar todos esos sutiles trazos de un

⁴¹ Un reflejo de tan extendida creencia en la época se puede encontrar en la novela *La Maison Philibert*, publicada en 1904 por el varias veces mencionado Jean Lorrain. Se trata de la crónica de un burdel de la capital francesa, regentado por el tal Filiberto y su esposa, Véronique, que Lorrain redactó motivado por la necesidad económica de hacerse cargo de los gastos de un pleito por injurias que había perdido contra la pintora simbolista Jeanne Jacquemin (cf. Taján, 2011, pp. 7-10). La obra fue traducida al español por el popular novelista erótico Joaquín Belda durante la década de los años veinte del pasado siglo, con el título *El burdel de Filiberto (La novela de las mujeres de la mala vida)*, Madrid, Biblioteca Nueva, s.f.

temperamento sexual opuesto, tan probablemente implantado desde el principio en ella como en [Walt] Whitman” (Ellis, 1976, I, p. 329).

Hay un aspecto, sin embargo, en el que Havelock Ellis, a pesar de sus dilatados años de estudio, se equivoca: cuando afirma de manera tan categórica que “esta anomalía [*sic*] del bello sexo les es completamente indiferente a la mayoría de los hombres”, ya que puede ser que no interesara a médicos y eruditos, pero la situación se tornaba bien distinta en el ámbito de las artes de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Ahí, muy por el contrario, además de llevar a cabo una exaltación del lesbianismo, como reivindicación de formas de sexualidad que escapan a la rutina cotidiana, al sexo procreador burgués y a sus hipócritas y castradoras normas, no se puede perder de vista que las abundantes recreaciones sáficas -más o menos veladas- que encontramos en el arte y la literatura del periodo provienen fundamentalmente de un punto de vista masculino⁴², concebidas y diseñadas como estimulante de su propia satisfacción sexual. En cualquier caso, como perversión sexual, el lesbianismo fue *puesto de moda* por la decadencia finisecular. Se consideraba algo osado, diferente, con reminiscencias culturales de la antigua Grecia y resabios de modernidad francesa, del gran mundo:

Al fin aparecen las *Poupees Parisiennes*; son deliciosas: una lleva rubia peluca de hetaira griega; la otra, negra peluca reluciente; una es completamente diminuta, ligera y blanca; la otra tiene unos magníficos ojos de negra luz; las dos cantan y se mueven con gracia de muñecas; las dos tienen alma de París. Creo que son lésbicas; muy parisién y también muy sugestivo (Muñoz, 1906, p. 36).

En esa línea, recoge Havelock Ellis el testimonio de un supuesto amigo que le comenta la sorprendente frecuencia con que se da el lesbianismo en París, en especial, en el mundo artístico y del espectáculo:

En particular, la mayor parte de las bailadoras de los salones públicos se distinguen por estar emparejadas y muchas no consienten en separarse ni aun durante las ocupaciones profesionales en las cuales intervienen hombres (Ellis, 1913b, p. 158).

De ahí que resulte previsible la aparición de esta temática en una de las obras emblemáticas de D’Annunzio, tan admirado siempre por Isaac Muñoz (a quien, con frecuencia, se le denominará en las memorias de Cansinos Assens “el d’annunziano”), como es *El Placer*, donde los amores sáficos se presentan como uno de los múltiples componentes de la ensoñación erótica decadente:

Donna Francesca, un poco mordaz aunque no sin finura, hablaba de la princesa de Ferentino, haciendo alusión a su aventura lesbiana con Giovanella Daddi (D’Annunzio, 1991, p. 135).

Por otra parte, Lily Litvak da noticia de un cuento de Miguel Sawa, hermano menor del mucho más conocido Alejandro, acerca del amor sáfico concebido como entretenimiento, ante la obligada carencia de una relación heterosexual. El relato añade, además, la ambientación orientalista, que *justificaba* para el europeo cualquier

⁴² Una de las escasísimas excepciones que se encuentran viene dada por la sorprendente novela *Zeze* (1909), de la escritora murciana Ángeles Vicente, que -como bien explica Ángela Ena, su descubridora y autora de la reedición actual, en el interesantísimo estudio introductorio que la antecede- se podría afirmar que se trata de la primera novela lesbiana en España.

posible desenfreno o audacia sexual. Según Litvak, “La sensualidad legitima inclusive fantasías prohibidas en Occidente. Miguel Sawa, en su cuento ‘En el harén’, propone como personaje principal a una hastiada favorita que inventa para distraerse, curiosos juegos que bordean el lesbianismo” (Litvak, 1985, p. 107). El tema, pues, no resultó extraño en la literatura o el arte modernista, que, de hecho, fantaseó abundantemente con las posibilidades que ofrecía un serrallo repleto de ardientes y hermosas mujeres entregadas a una melancólica espera.

De este modo, en *La Serpiente de Egipto*, una extraordinaria novela en no pocos aspectos y adscrita a la egiptofilia tan en boga en la época, que quedó manuscrita e inédita tras la muerte de Isaac Muñoz, encontramos varias escenas en este sentido, en las que se describe a las mujeres del harén real exacerbadas por la continua ausencia del esposo. Entre ellas, hablan “ardorosamente del dueño, del dios, del Faraon⁴³, siempre invisible, siempre desconocido, pero cuyo latir misterioso exalta y aterra todas las almas” (Muñoz, 1997, p. 149). Nikris, la protagonista de la novela, se erige como prototipo de la mujer fatal (de hecho, es a ella a quien alude perceptiblemente el título de la misma: *Serpiente de Egipto*), destructora y lasciva, que busca en sus noches sin sueño consuelo en el harén:

Las cuatro mujeres que la acompañaban, se tendieron a su lado, sintiendo el contacto perturbador y palpitante de la bella carne enamorada.

Nikris les habló con palabras balbucientes y encendidas, tuvo para ellas caricias de una suave lujuria como alada, y les excitó con vibraciones que hacían estremecer [*sic*] nerviosamente las carnes irritadas. Ellas le hablaron de sus febriles ansiedades insaciables, de sus áridas calenturas de amor, de sus noches llenas de desmayos y de angustias en espera del milagro que no llega, de sus convulsiones frenéticas y estériles, de sus deseos de destrucción y de muerte, de sus ímpetus ferozmente contenidos, de sus juegos crueles en los que los besos se convertían en mordeduras y se saboreaba el gusto de la sangre (Muñoz, 1997, p. 150).

Necrofilia

Esos “deseos de destrucción y de muerte” a los que alude la escena reproducida en el anterior epígrafe enlazan perfectamente con el contenido de la siguiente *perversión*, que constituye, sin duda alguna, uno de los ejes centrales en el universo erótico de la literatura de Muñoz.

En efecto, las obras literarias del autor granadino se construyen sin distinción sobre un triángulo cuyos vértices serían sangre, amor y muerte. Sin esas tres fuerzas básicas que subyacen bajo toda escena erótica de su producción no se concebiría más amor que el ajustado a las reglas sociales, incapaz, por tanto, de redimir al hombre. Se evidencia un obsesivo entrelazamiento entre Eros y Thanatos, entre la pulsión sexual y la pulsión de muerte, que no pueden concebirse sino de manera indisoluble.

⁴³ A lo largo de todo el texto, Isaac Muñoz escribe siempre la palabra “Faraon” con mayúscula y sin acento -probablemente porque se entendiera aún como palabra exótica al español-, siguiendo una corriente de la época que se puede localizar también en otras novelas de temática egiptófila, como por ejemplo, la anterior en unas pocas décadas *El sortilegio de Karnak* (1880), de José Ramón Mélida e Isidoro López. De igual modo, se puede señalar que no resulta extraño encontrar el uso del término sin que vaya antecedido de artículo; así sucede, por ejemplo, en la popular opereta bíblica *La Corte de Faraón* (en este caso, sí acentuado) con libreto de Guillermo Perrín y Miguel Palacios y música de Vicente Lleó, que se estrenó en el madrileño Teatro Eslava el 21 de enero de 1910. Sobre la egiptofilia de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX, cf. Saguar Quer, 2006.

Isaac Muñoz fue predominantemente un autor de narrativa y de obras de ensayo, pero escribió también un único y singular poemario, titulado *La sombra de una infanta* (1910), al que pertenece una composición tan sintomática de su manera de concebir el amor como es “Fascinación”:

En la enferma y desgarrante
extenuación de tu faz,
agoniza toda una
trágica raza real...

¡Morir contigo en tus brazos, cual si contigo muriese
toda la vida! Aspirar
las rosas de podredumbre
que ocultas bajo las sedas de tu corpiño nupcial!

¿Qué éxtasis feroz y altivo
y qué resplandor brutal,
hay en tu ambigua mirada,
que me aniquila voraz
igual que una calentura? (Muñoz, 1910b, pp. 27-28)⁴⁴

Los versos apuntan en una dirección inequívoca, explorada ya tanto inicialmente por Mario Praz en su *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, como de manera posterior por Ricardo Gullón en su *Direcciones del modernismo*: existe una relación insoslayable entre el amor y la muerte, que se hace especialmente intensa a partir del romanticismo y se agudiza aún más en el fin de siglo. Eros no puede prescindir de Thanatos, con lo que la muerte corona así la voluptuosidad erótica. Esta composición de Isaac Muñoz podría recordar en bastantes aspectos las historias y relatos de Edgar Allan Poe, como la presente en su poema “Annabel Lee”, o cualquier otra sobre hermosas mujeres cuasi inmateriales muertas en plenitud de su belleza. El ya citado Praz ha analizado el trasfondo que sugieren estas obras, indicando que “son una transposición simbólica, mitologizada, de una sed de amor imposible [...], de una libidine de fusión completa con el ser amado, que termina en vampirismo: éxtasis de los nervios que se localiza en verdaderas obsesiones: los ojos de Ligeia, los dientes de Berenice; anhelo de conocimiento absoluto que coincide con el aniquilamiento y la muerte [...].

Los amantes de Poe se asemejan entre sí [...], los dos se consumen en una llamarada en la que éxtasis y horror son la misma cosa” (Praz, 1969, p. 158).

En una similar línea argumental, en la novela sintomáticamente titulada *Morena y trágica* de Isaac Muñoz, la gitana Martirio, la pasional amada del protagonista, aparece desde el comienzo de la narración asociada una y otra vez con la muerte. De hecho, recurriendo a la sugerencia de uno de los sentidos considerados más primitivos y elementales, como es el del olfato, se encuentra la siguiente descripción, elocuente en sí misma y abundante en evocaciones de los campos semánticos de la pasión, la muerte o la animalidad:

⁴⁴ Luis Antonio de Villena, en su prólogo a la reedición de este poemario, titulado “Isaac Muñoz y la poesía decadente honda”, definirá *La sombra de una infanta* como “un libro de versos tan intenso, tan breve, tan construido y tan cerrado” (Villena, 2000, p. 16), a la vez que destaca lo inédito de su decadentismo, tan inusual en la poesía española de entresiglos. Muñoz -continúa Villena- cuestiona el sistema moral burgués y muestra su desprecio por el mundo establecido y la monótona cotidianidad.

Del cuerpo [...] se desprendía un perfume de agonía, de terror, de calentura, de pasión, de magnetismo, algo que participaba del olor de las viejas sepulturas, y del olor lujurioso y pesado de las madrigueras de los tigres (Muñoz, 1908a, pp. 31-32).

Repetidamente durante la novela, se alude a “la faz de muerta” de la joven; se menciona que aparece “lívida como una desenterrada” o bien se habla de la “adelfa venenosa de su boca”, donde se gusta “el perfume de su amor y de la muerte”. Durante la escena cumbre del encuentro sexual con el protagonista, en el que la joven resulta desflorada, las expresiones se multiplican en ese sentido, asumiendo la profunda relación que une amor y muerte:

Cogí entre mis brazos el cuerpo de Martirio, ágil y leve como un sueño, y lo llevé a su dormitorio, estrecho y tenebroso como un ataúd. Martirio estaba extáticamente bella como una joven muerta. Tenía la gracia inefable de un cadáver (Muñoz, 1908a, p. 113).

Pero además, y en atención al tercer vértice mencionado del triángulo, es decir, la sangre, habría que explicar que Isaac Muñoz demuestra una peculiar consideración hacia ésta, muy en consonancia con las religiones primitivas que la concebían como depositaria del espíritu vital⁴⁵. Es decir, la sangre sería el cauce de la vida, por lo que su esencia constituye un misterio que causa genuina admiración:

[...] la sangre es bella. A veces creo que las gentes debieran hacer sacrificios sangrientos ante un Moloch insaciable. Sangre vertida puede ser purificación y bendición de la tierra (Muñoz, 1908b, p. 48⁴⁶).

Así se manifestará Isaac Muñoz en su inclasificable obra dialogada *Libro de las Victorias*, publicada el mismo año que *Morena y trágica*, y muy marcada por el ideario nietzscheano. De igual modo, afirmará en sus páginas: “La sangre es toda la divina substancia de la vida” (Muñoz, 1908b, p. 186).

Y en línea con esta concepción numinosa de la vida, la sangre y la muerte, se cierra la escena amorosa de *Morena y trágica*:

Percibí cómo en la sangre está la más alta gracia de la vida. [...] Y en cada espasmo de amor, vibran las tres divinas fuerzas de la vida, la alegría, la crueldad y la muerte. [...] La sangre de Martirio tenía un aroma enloquecedor. Los labios de sus heridas, palpitaban con los estremecimientos de una boca sádica. Tendí mis labios y bebí la muerte en el manantial de su vena abierta. Su sangre tenía el gustor acre y salobre de una ola, era amarga y pulposa, como una flor china de talictro⁴⁷.

⁴⁵ Cf. las siguientes palabras del revelador estudio de Ángel Álvarez de Miranda, *La metáfora y el mito*, donde afirma: “El valor numinoso de la sangre, su potente hierofanía, son, pues, al mismo tiempo, uno de los exponentes y una de las raíces de toda religiosidad basada en la sacralidad de la vida orgánica” (Álvarez de Miranda, 2011, pp. 44-45).

⁴⁶ Havelock Ellis llamará la atención en su obra *El Alma de España* acerca del “interés que parece sentir el español por la sangre y la sensación que pueda causarle la efusión de la misma”, a la vez que añade que dicho interés “no se ha manifestado únicamente en el arte [...]. La participación de Miguel Servet en el descubrimiento de la circulación de la sangre es una de las aportaciones más valiosas de España a la ciencia médica, y España sola presenta una bibliografía sobre la sangre, más extensa y mejor que todos los otros pueblos juntos” (Ellis, 1928, pp. 63-64).

Todavía palpitante mi boca de ferocidad, besé los labios sangrientos de Martirio.

Y fue un lento beso en el que se confundieron nuestras sangres, un beso de agonía, de extenuación, de fiebre y de amor maldito (Muñoz, 1908a, pp. 109-111).

La posibilidad de redención que se encuentra en el amor lo asemeja sin duda a la muerte. La aniquilación en el amante puede considerarse un paso hacia la aniquilación total que es el morir, con lo que esto parece implicar de apertura a lo infinito. Así, cuando el protagonista del hermoso poema en prosa que es el *Libro de Agar la Moabita* -una suerte de personalísima glosa del *Cantar de los Cantares* inserto al final del ya mencionado *Libro de las Victorias*-, afirma enardecido “Mi amor es como la muerte” (Muñoz, 1908c, p. 38), está manifestando una indisoluble unión entre lo bello y lo terrible, que fascina y subyuga a un tiempo al escritor.

Y es que, como afirmará Ricardo Gullón en relación especialmente con los artistas finiseculares: “El erotismo, según supieron los poetas antes que los médicos y psicólogos, es en última instancia (es decir, cerebralmente) un ansia de trascendencia en el éxtasis, pero no solamente en el éxtasis del sentimiento, sino en el de los sentidos. Llevar la exaltación del gozo hasta el punto en donde el yo se extingue; sentir el orgasmo como una muerte chica que prefigura la pérdida de conciencia en que el morir consiste [...]// El punto de coincidencia entre erotismo y misticismo es justamente la sombría necesidad de perderse en otra cosa” (Gullón, 1991, p. 85-86).

Las citas ilustradoras extraídas de la producción literaria de Muñoz podrían resultar innumerables, puesto que prácticamente se constata que no hay frase en ellas que aluda al amor o a la pasión que no contenga, de una u otra manera, alguna referencia inevitable a la muerte, ya que, como dirá el protagonista de *Ambigua y cruel*, el acto de amor se concibe como una “obscura liturgia funeral” (Muñoz, 1912, p. 154).

Y esa liturgia contiene un germen “genuinamente *insaciable*, como ardo que en la realización crece y sólo se completa totalmente en el extravío o en la muerte” (Gullón, 1991, p. 87).

Sadismo/masoquismo⁴⁸

Íntimamente unida con la *perversión* descrita en el epígrafe anterior, y, en especial, con la peculiar concepción del amor, la sangre y la muerte que caracteriza a Isaac Muñoz, encontramos la última de las parafilias que se repasarán brevemente en el presente artículo: la algolagnia, o excitación sexual por medio del dolor, bien sea éste causado o asumido (de las raíces griegas *algo*, “dolor” y *lainos*, “excitación sexual”), término usado por los psicopatólogos de la época junto al más común de “sadomasoquismo”⁴⁹. En realidad, ambos fenómenos, sadismo y masoquismo, se suelen estudiar juntos, puesto que “no hay entre ellos verdadera línea de separación” (Ellis, 1913c, p. 104).

⁴⁷ Al igual que se ha tenido ocasión de ver cómo con anterioridad se asimilaba la boca de la mujer con la flor de la adelfa, ahora se la relaciona con el talictro, una planta perteneciente a la familia de las ranunculáceas, igualmente venenosa, con lo que se potencian las connotaciones de esa imagen de mujer asociada con el mal, con la muerte, con el dolor, tan habitual, por otro lado, en el arte y la literatura de fin de siglo.

⁴⁸ Para este tema específico en la obra de Isaac Muñoz, cf. Correa Ramón, 1999b.

⁴⁹ Ellis propone como la definición más sencilla y usual de sadomasoquismo la de Krafft-Ebing: “emoción sexual asociada con el deseo de producir dolor y usar violencia” (Ellis, 1913c, p. 93).

“La relación entre el amor y el dolor es uno de los problemas más difíciles y, sin embargo, uno de los más fundamentales en el terreno de la psicología sexual. ¿Por qué el amor produce y trata de producir dolor? ¿Por qué el amor padece el dolor y lo busca?” (Ellis, 1913c, p. 59).

Aunque de este modo introduce Havelock Ellis en su obra *Estudios de psicología sexual* el capítulo dedicado a la relación entre amor y dolor, para centrar este tema en el terreno de la literatura que actualmente nos ocupa podemos recordar las sintomáticas palabras del protagonista de *Innocente* (1891-1892), una de las novelas del prototípico decadente Gabriele D’Annunzio, tan admirado siempre, como ya ha quedado expuesto, por el también decadente Muñoz:

¿Por qué el hombre tiene en su naturaleza esta horrible facultad de gozar con mayor intensidad cuando tiene conciencia de dañar a la criatura de la cual goza? ¿Por qué un germen de la tan execrada perversión sádica existe en cada hombre que ama y desea?⁵⁰

De igual modo, se podría recordar la novela del escritor francés Octave Mirbeau (1848-1917), *Le Jardin des supplices*, publicada en 1899⁵¹, que alcanzará una enorme difusión, a pesar (o a causa) de haber sido acogida con gran escándalo por parte de la sociedad bienpensante. La obra tiene como protagonista a Clara, una joven inglesa, sádica e histérica, que disfruta con la visión de los tormentos que sufren los condenados en una prisión china en la ciudad de Cantón. El propio novelista, en su dedicatoria, se refirió a su obra como “estas páginas de sangre y de muerte” (dos palabras, como se ha tenido ocasión de ver, muy características del universo creador de Isaac Muñoz).

Y es que, como expone Luis Antonio de Villena en relación con el fenómeno del sadismo: “Solemos pensar que el erotismo va unido, esencialmente, a los conceptos de placer y fiesta. El erotismo (en una mirada inicial) es una celebración, una glorificación del cuerpo. Sade (en sus libros) apuntó, dentro de lo erótico, otras dos direcciones: El desorden y la destrucción. Cuando amamos o hacemos el amor profundamente deseamos la aniquilación jubilosa de la carne, júbilo final que no excluye el dolor. Es decir, [...] el erotismo toca puntos extremos: la vida y la muerte. En el orgasmo se *muere* en puro delirio vital, y tal vez la consecución del orgasmo conlleva fiereza (mordiscos, uñas, dientes, daño). El marqués de Sade iluminó, con una lámpara roja, una zona que lo erótico se negaba a sí mismo” (Villena, 1992, pp. 36-37).

Los escritores de fin de siglo aceptaron, en su camino de transgresión frente a la condición burguesa, la marginal herencia de esa lámpara, y, con ella en la mano, rehabilitaron el proscrito nombre del marqués de Sade y lo erigieron en admirado ejemplo de una minoría. El caso de Valle-Inclán, como bien ha estudiado Lily Litvak (Litvak, 1979, pp. 125-135), resulta prototípico, pues se deleita morosamente en un sadismo de gusto refinado en sus obras de corte modernista⁵². Isaac Muñoz, por su parte, reivindica el nombre del francés prohibido, y decide alumbrar su soledad interior con la terrible lámpara que proyecta sus propios fantasmas sexuales en las innumerables escenas eróticas que aparecen en sus novelas:

⁵⁰ Apud Praz, 1969, p. 267.

⁵¹ La primera traducción de la novela al español tuvo lugar de forma muy temprana, a cargo de Ramón Sempau y C. Sos Gauntreau, de manera que en 1900 se publica en Barcelona por la Casa Editorial Maucci.

⁵² Cf., por ejemplo, obras como *Femeninas* (1895), *Epitalamio* (1897), *Sonata de otoño* (1902), *Sonata de estío* (1903), *Corte de amor* (1903), *Jardín umbrío* (1903), *Sonata de primavera* (1904), *Flor de santidad* (1904) o *Sonata de invierno* (1905).

Yo la oprimía clavando mis uñas sobre sus muslos curvados, y ella cerraba los párpados más ardorosos que unos labios. [...]
Y nuestros dientes crueles, hubiesen querido morder nuestros propios corazones.
Después se secaban nuestras bocas, torturadas y calenturientas. [...]
Y quedábamos como muertos, sintiendo sobre nuestros cuerpos la posesión frenética del sol.
El amor no es sino dolor, tortura y castigo.
Ella, pálida, destrenzada, ensangrentados los labios, y alucinados los ojos en la noche de las ojeras, me huía.
Pero yo la martirizaba hasta hacerla caer sacrificada y temblante. [...]
Y nuestros besos se hacían largos, lentos, dolorosos; besos en los que absorbíamos toda la médula gloriosa y toda la podredumbre del amor (Muñoz, 1912, pp. 86-87).

Al igual que sucedía en el caso anterior con la necrofilia, podrían multiplicarse *ad infinitum* los ejemplos ilustradores de algolagnia, aunque usualmente enmarcados en el contexto extremadamente esteticista y sensorial que va a caracterizar la obra del modernista granadino.

Sin duda, sadismo y masoquismo se consideraron en la época finisecular como “vicios elegantes”, un refinamiento voluptuoso que marcaba diferencias. Se trataba, en suma, y como ya se ha adelantado, de invertir los términos de una oposición binaria, y así, privilegiar las consideradas *perversiones* sexuales frente a la *normalidad* procreadora burguesa, la imaginación frente a la rutina de un erotismo confinado en sus estrechos límites. El poderoso deseo de búsqueda de una alteridad diferenciadora que lo distanciase de la sociedad burguesa y materialista europea llevó a Isaac Muñoz, en sus obras, hacia la doble tendencia sadomasoquista, que evidenciaba ya la anteriormente señalada conjunción inseparable de Eros y Thanatos.

Pero existe otro componente importante que da cuerpo y sentido a ese sadomasoquismo que encontramos en las obras de Isaac Muñoz y que no se debe pasar por alto. Se trata del sustrato religioso que, propiciado especialmente por una tradición católica de siglos, ha configurado en el imaginario colectivo del occidente europeo, pero muy especialmente en el caso español, toda una iconografía del sacrificio sangriento y de una suerte de mística del dolor. Las imágenes de santos martirizados, los cristos barrocos con efusión de sangre, las privaciones y renunciadas de monjas y frailes acostumbrados a los cilicios para ahuyentar la tentación de la carne, las procesiones de disciplinantes que tuvieron incluso que ser prohibidas por la propia Iglesia dados los excesos que cometían los fieles, todo ello aparece fuertemente enraizado en el subconsciente cultural y social al que pertenece Muñoz.

En relación con el caso concreto de los disciplinantes, con todas las connotaciones que pueda suscitar, no debería perderse de vista que la flagelación se consideraba un fenómeno tan asociado a la perversión sexual, que Havelock Ellis, dentro de su estudio sobre la relación entre amor y dolor, le dedica especialmente un capítulo. Examina multitud de casos, y tiene en cuenta la tradición de disciplina penitencial (que, puntualiza, no siempre fue tolerada por la Iglesia, precisamente por la ambigüedad de las sensaciones que con frecuencia promovía). Ellis concluye con una explicación de tipo fisiológico: “¿Cuál es la causa de la conexión entre la emoción sexual y la flagelación? Una causa simple muy sencilla explicaba este fenómeno, en concepto de algunos. Sabido es que un fuerte estímulo en la región glútea, especialmente con ciertas predisposiciones, producirá gran excitación sexual por

virtud de que ambas regiones están servidas por ramas del mismo nervio” (Ellis, 1913c, p. 111).

Además, en su libro *El Alma de España*, Havelock Ellis va a llamar la atención acerca de lo que él considera el “extraño morbo” (Ellis, 1928, p. 60) que el español siente hacia la crueldad, recordando con explicitud que “No hará mucho más de un siglo que todavía las iglesias españolas eran salpicadas de sangre de penitentes que durante la cuaresma se flagelaban” (Ellis, 1928, p. 61), a la vez que constata la sorprendente pervivencia (que ha subsistido incluso hasta nuestros días) de dicha tradición en el pueblo riojano de San Vicente de la Sonsierra, donde los penitentes la practican todos los años cada Viernes Santo. Ellis subraya que quienes se someten a dicha prueba son objeto de general admiración, “sobre todo entre las mujeres, que los prefieren como esposos” (Ellis, 1928, p. 61).

En este marco contextual es donde habría que situar algunas escenas presentes en la producción literaria de Isaac Muñoz, en las que ese instinto masoquista no se puede asociar con la pulsión erótica (o no al menos de manera directa), sino que se presenta en un contexto religioso, como anhelo de mortificación, de purificación a través del dolor⁵³. En *Alma infanzona*, por ejemplo, el protagonista de la novela, habiéndose retirado a un convento cercano a su mansión solariega con motivo del final de la Semana Santa, solicita convencido participar junto a los frailes en un acto de purificación de la carne mediante el sufrimiento, adoptando una actitud de marcada complacencia masoquista, elocuente por sí misma:

Y en el horror de la obscuridad aquello fue una fiesta demoniaca; una embriaguez de dolor y de sangre; un triunfo fanático de exaltación y de locura; una lujuria sobrehumana [...].

En mi cuerpo tendido como un arco, se clavaban miles de garfios de una sutilidad de dientes de rata; desgarraban la piel con un ruido suave [...].

La sangre fluía de todas mis heridas, acariciando la piel con una tibia dulzura.

El goce supremo de la flagelación agitaba mi carne en ondas, en espirales eléctricas [...].

Los azotes flagelaron mi frente, y mis labios voraces gustaron gota a gota la acritud febriciente de mi propia sangre (Muñoz, 1910a, pp. 89-90).

Según Havelock Ellis, “Existe otra razón para que la flagelación ejerza una influencia sexual. [...] en grado moderado produce un efecto tónico, y como tal, de resultados beneficiosos para producir un estímulo en todo el cuerpo” (Ellis, 1913c, p. 111).

Este potencial estimulante debería, quizás, poder explicar el final de pletórica energía que Isaac Muñoz otorga a su héroe d’annunziano tras su escena en el convento:

Al día siguiente desperté, pálida la cara y ensombrecidos los ojos, pero fuerte y flexible mi soberbia vitalidad (Muñoz, 1910a, p. 90).

⁵³ Para un análisis de este fenómeno de algolagnia pasiva por motivos religiosos, sólo que en un ámbito tan propio de Muñoz como es el orientalismo, cf. Correa Ramón, 1999b. En ese trabajo, titulado precisamente “La estética religiosa del dolor en el orientalismo español de *fin de siglo*: el Magreb de Isaac Muñoz”, se estudia el llamativo caso de las cofradías religiosas musulmanas de *aissauas* y *hadmatchas*, cuyos integrantes practican de manera fanática y apasionada una mística de entrega a Dios mediante el dolor, y cuyos rituales son descritos pormenorizadamente en las novelas del decadentista granadino.

Hasta aquí el breve repaso de algunos elementos sintomáticos que, sin duda alguna, se puede afirmar que convierten la obra del escritor modernista Isaac Muñoz en un catálogo de la disidencia dentro del más absoluto decadentismo esteticista. Su heterodoxia encuentra afirmación en el deseo de alteridad que lo conduce a la transgresión. Y es que, como afirmara Roland Barthes, “El poder de goce de una perversión [...] es siempre subestimado. La Ley, la Doxa, la Ciencia no quieren comprender que la perversión, sencillamente, *hace feliz*; o, para precisar, que produce un *más*: soy más sensible, más perceptivo, más locuaz, me distraigo mejor, etc., y en este *más* reside la diferencia (y de allí el texto de la vida, de la vida como texto). En consecuencia, es una diosa, una figura invocable, una vía de intercesión” (Barthes, 1978, p. 70).

Obras citadas

- ALARCÓN SIERRA, Rafael (1998), “Alma, cetro y símbolo finisecular (y el ejemplo de Manuel Machado)”, *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* (Santander), nº 74, pp. 275-310.
- ALEXANDRIAN (1990), *Historia de la literatura erótica* (1989), trad. de Daniel Alcoba, Barcelona, Planeta.
- ÁLVAREZ DE MIRANDA, Ángel (2011), *La metáfora y el mito* (1963), ed. al cuidado de Pedro Álvarez de Miranda, Sevilla, Renacimiento, 2011.
- BAROJA, Pío (1948), *Desde la última vuelta del camino, Obras completas*, vol. V, Madrid, Biblioteca Nueva.
- BARTHES, Roland (1978), *Roland Barthes por Roland Barthes*, Barcelona, Kairós.
- BATAILLE, Georges (1928), *Historia del ojo*, trad. de Antonio Escohotado, prólogo de Mario Vargas Llosa, Barcelona, Tusquets, 1989, 5ª ed.
- BINET, Alfred (1904), *El fetichismo en el amor*, Madrid, Daniel Jorro.
- CAMPO, Marqués de (2006), *Alma glauca* (1904), prólogo de Luis Antonio de Villena, Lucena, Ayuntamiento de Lucena (Córdoba).
- CANSINOS ASSENS, Rafael (1982), *La novela de un literato*, vol. I. 1882-1914, Madrid, Alianza.
- CARDWELL, Richard A. (1998), “Los raros de Rubén Darío y los médicos chiflados finiseculares”, en CUEVAS, Cristóbal (ed.), *Rubén Darío y el arte de la prosa. Ensayo, retratos y alegorías. Actas de XI Congreso de Literatura Española Contemporánea, 10-14 de noviembre de 1997*, Málaga, Congreso de Literatura Española Contemporánea, pp. 55-77.
- CELMA VALERO, María Pilar (1991), *Literatura y periodismo en las revistas del fin de siglo. Estudio e índices (1888-1907)*, Madrid, Júcar.
- CORREA RAMÓN, Amelina (1996), *Isaac Muñoz (1881-1925). Recuperación de un escritor finisecular*, Granada, Universidad de Granada.
- _____ (1999a), “Revisión panorámica de un tema de estudio: literatura y homosexualidad en el fin de siglo”, *Angélica. Revista de literatura* (Lucena), nº 9, 1999, pp. 113-118.
- _____ (1999b), “La estética religiosa del dolor en el orientalismo español de fin de siglo: el Magreb de Isaac Muñoz”, *Bulletin of Hispanic Studies* (Abingdon, University of Glasgow), vol. LXXVI, nº 4, octubre, pp. 499-511.

- _____ (2001), *Melchor Almagro San Martín. Noticia de una ausencia*, Granada, Ficciones.
- D'ANNUNZIO, Gabriele (1991), *El Placer* (1889), ed. de Rosario Scrimieri, Madrid, Cátedra.
- ELLIS, Havellock (1913a), *Estudios de psicología sexual, II, I: La evolución del pudor; Fenómenos de periodicidad sexual; El autoerotismo*, trad. de la última ed. inglesa por J. J. L., y con adiciones especiales del autor, Madrid, Hijos de Reus.
- _____ (1913b), *Estudios de psicología sexual, III: Inversión sexual*, trad. de la última ed. inglesa, y con adiciones especiales del autor, Madrid, Hijos de Reus.
- _____ (1913c), *Estudios de psicología sexual, IV: El impulso sexual; Amor y dolor*, trad. de la última ed. inglesa, y con adiciones especiales del autor, Madrid, Hijos de Reus.
- _____ (1913d), *Estudios de psicología sexual, VI: El Simbolismo erótico; El mecanismo de la detumescencia; El estado psíquico durante la preñez*, trad. de la última ed. inglesa por J. J. L., y con adiciones especiales del autor, Madrid, Hijos de Reus.
- _____ (1928), *El Alma de España* (1908), versión española de la 8ª ed. inglesa, prólogo de Juan Gutiérrez-Gili, Barcelona, Casa Ed. Araluce.
- _____ (1976), *Mi vida* (1939), trad. de Belén García, Madrid, Felmar, 2 vols.
- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor (1943), *Vida y literatura de Valle-Inclán*, Madrid, Editora Nacional.
- FOUCAULT, Michel (1992), *Historia de la sexualidad*, vol. I: *La voluntad de saber*, Madrid, Siglo XXI, 7ª ed.
- GARCÍA, Miguel Ángel (2012), *Melancolía vertebrada. La tristeza andaluza del modernismo a la vanguardia*, Barcelona, Anthropos.
- GULLÓN, Ricardo (1991), *Direcciones del modernismo*, Madrid, Alianza.
- KRAFFT-EBING, Richard von (h. 1895-1899), *Medicina legal*, trad. por J. Moreno Marutell, en Madrid, *La España Moderna*, 2 vols.
- _____ (1931), *Psychopathia sexualis. A medic-forensic study* (1886), Paris, Payot.
- _____ (1970), *Psychopathia sexualis* (1886), Revisión y puesta al día de la ed. original por Alexander Hartwich, trad. de J. Martínez Montoliú y J. A. Bravo, Barcelona, Sagitario, 1970, 2 vols.
- LITVAK, Lily (1979), *Erotismo fin de siglo*, Barcelona, Antoni Bosch editor.
- _____ (1985), *El jardín de Alah. Temas del exotismo musulmán en España*, Granada, Don Quijote.
- LUCIE-SMITH, Edward (1992), *La sexualidad en el arte occidental* (1972), trad. de Hugo Mariani, Barcelona, Destino.
- MATAMORO, Blas (2010), *Novela familiar. El universo privado del escritor*, Madrid, Páginas de Espuma.
- MOLINER, María (1984), *Diccionario de uso del español*, 2 vols., Madrid, Gredos.
- MONTERO PADILLA, José (2006), "Introducción a la literatura de Pedro de Répide", *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* (Madrid), nº 46, pp. 921-948.
- MOURA, Jean y LOVET, Paul (1929), *Le mystère de Chevalier d'Eon*, Paris, Gallimard.

- MUÑOZ, Isaac (1906), *Voluptuosidad*, Madrid, Imp. de Emilio González.
- _____ (1908a), *Morena y trágica*, Madrid, Imp. de Balgación y Moreno. De esta obra existe edición actual: ed. y prólogo de Amelina Correa, Granada, Comares, 1999.
- _____ (1908b), *Libro de las Victorias. Diálogos sobre las cosas y sobre el más allá de las cosas*, Madrid, Lib. de Gregorio Pueyo.
- _____ (1908c), *Libro de Agar la Moabita*, inserto al final del *Libro de las Victorias. Diálogos sobre las cosas y sobre el más allá de las cosas*, Madrid, Lib. de Gregorio Pueyo [con paginación independiente; sin constar en la cubierta ni portada interior].
- _____ (1909), *La fiesta de la sangre. Novela mogrebina*, Madrid, Lib. de Gregorio Pueyo.
- _____ (1910a), *Alma infanzona*, Madrid, Lib. de Gregorio Pueyo.
- _____ (1910b), *La sombra de una infanta. Poesías*, Madrid, Lib. de Gregorio Pueyo. De esta obra existe una edición actual: ed. y estudio sobre el autor de Amelina Correa; prólogo de Luis Antonio de Villena, Zaragoza, Prames, 2000.
- _____ (1911), *Los ojos de Astarté, El Cuento Semanal* (Madrid), n° 212, 20 de enero.
- _____ (1912), *Ambigua y cruel. Novela siria*, Madrid, Imp. Helénica.
- _____ (1997), *La Serpiente de Egipto*, ed., estudio introductorio y notas de Amelina Correa, Madrid/Granada, CSIC/Diputación de Granada.
- PARDO BAZÁN, La Condesa de [Emilia] (1909), “La vida contemporánea”, *La Ilustración Artística. Periódico semanal de literatura, artes y ciencias* (Barcelona), t. XXVIII, año XXVIII, n° 1460, 20 de diciembre, p. 826.
- PRAZ, Mario (1969), *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica* (1930), trad. de Jorge Cruz, Caracas, Monte Ávila.
- ROGISTER, John (2005), “The Maiden of Tonnerre: The Vicissitudes of the Chevalier and the Chevalière d’Eon”, *The English Historical Review* (Oxford, Reino Unido), vol. 120, n° 485, febrero, pp. 234-235.
- ROMI, Juan Carlos, “El travestismo. Implicaciones sexológicas, médico legales y psicosociales”, <http://www.aap.org.ar/publicaciones/forense/forense-18/06_Romi18.pdf>.
- ROWBOTHAM, Sheila y WEEKS, Jeffrey (1978), *Dos pioneros de la liberación sexual: Edward Carpenter y Havelock Ellis*, trad. de Alberto Cardín, Barcelona, Anagrama.
- SAGUAR QUER, Carlos (2006), “La Corte del Faraón: Egiptomanía en la arquitectura española”, en GONZÁLEZ ALCANTUD, José Antonio (ed.), *Orientalismo desde el Sur*, Barcelona, Anthropos, pp. 288-322.
- SALVADOR, Álvaro (2005), “Salomé sensual: de la mirada de Moreau a las palabras de Casal”, en VALCÁRCEL, Eva (ed.), *La literatura hispanoamericana con los cinco sentidos. V Congreso Internacional de la AEELH*, Universidade da Coruña, pp. 617-625.
- SÁNCHEZ Rodríguez, José (1900), *Alma andaluza*, prólogo de Francisco Villaespesa, epílogo de Juan R. Jiménez, Madrid, Lib. de Fernando Fe. De esta obra existe una edición actual: *Alma andaluza (Poesías completas)*, estudio preliminar de Richard A. Cardwell, ed. introducción, biografía y bibliografía de Antonio Sánchez Trigueros, Granada, Universidad de Granada, 1996.

- SANTA TERESA, Marcos de (1805), *Compendio Moral Salmanticense*, 2 vols., Pamplona.
- SOBEJANO, Gonzalo (1967), *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos.
- TAJÁN, Alfredo (2011), “El éter de la III República” [Prólogo], en LORRAIN, Jean, *El burdel de Filiberto* (1904), trad. de Eric Jalain, Córdoba, El Olivo Azul, pp. 7-10.
- TAMAGNE, F. (2000), *Histoire de l’Homosexualité en Europe*, Seuil, Paris.
- TOLEDANO MOLINA, Juana (1992), “Un mito de fin de siglo en Rubén Darío: Salomé”, *Angélica. Revista de Literatura* (Lucena), 3, pp. 113-121.
- VALLE-INCLÁN, Ramón del (1991), *Sonata de estío* (1903), Madrid, Espasa Calpe, 17ª ed.
- VICENTE, Ángeles (2005), *Zezé* (1909), ed. de Ángela Ena, Madrid, Lengua de Trapo.
- VILLENA, Luis Antonio de (1992), *El libro de las perversiones*, Barcelona, Planeta.
- _____ (2000), “Isaac Muñoz y la poesía decadente honda” [Prólogo], en *La sombra de una infanta. Poesías*, ed. y estudio sobre el autor de Amelina Correa; prólogo de Luis Antonio de Villena, Zaragoza, Prames, pp. 7-18.
- _____ (2001), “Una gran novela decadente”, *Los andróginos del lenguaje*, Madrid, Valdemar, pp. 195-196.
- _____ (2012), *Majestad caída*, Madrid, Alianza.
- VV. AA. (1995), *Salomé, un mito contemporáneo (1875-1925)*, Madrid, Museo Nacional de Arte Reina Sofía.

Recebido para publicação em 10-09-12; aceito em 13-10-12